



MURILLO.

CERVANTES.

BALMES.

CISNEROS.

EPOCA 4.^a — AÑO XII. — TOMO X.

NÚMERO 34.—Madrid 5 de Diciembre de 1887.

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS	
Tres meses.....	16 rs.
Seis meses.....	30 »
Un año.....	60 »
CUBA Y PUERTO-RICO	
Seis meses.....	2 1/2 ps. fs.
Un año.....	4 »

PROPIEDAD
DEL ASILO DE HUÉRFANOS
 DEL
 SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS



PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
EXTRANJERO	
Seis meses.....	11 fr.
Un año.....	21 »
FILIPINAS Y AMÉRICA	
Seis meses.....	3 ps. s.
Un año.....	5 »

SUMARIO

TEXTO.—*La decena*, por M. Ossorio y Bernard.—*Los grabados*.—*La Virgen de la Esmeralda*, por Antonio Maria.—*A la Inmaculada Concepción de Maria*, por Angel Lasso de la Vega.—*Arria*, por Carlos Frontaura.—*El teatro contemporáneo y la moral*, por R. Gil Ossorio y Sánchez.—*Risas y lágrimas*, por José Hernández y González.—*La cremación ante la Iglesia*, por Joaquín de Font y de Boter.—*Misa primera*, por Antonio de Trueba.—*Misiones de las Carolinas*, por Fr. Joaquín de Llevaneras.—*Una hormiguita de oro*, por Juan de Dios.—*En el hospita laico*.—*Documentos pontificios*.—*Jubileo Sacerdotal de Su Santidad León XIII*.—*El Arte religioso*, por M. de A.—*Noticias*.—*Necrología*.

GRABADOS.—*Ángeles al cielo*.—*Trineo atacado por lobos*.—*Ante una biblia de Gutenberg*.

ADVERTENCIA

Rogamos á los señores suscritores que se hallen atrasados en el pago de sus suscripciones, que envíen lo antes posible lo que adeudan á esta Administración, pues se trata de intereses de pobres huérfanos, á los cuales perjudica considerablemente el atraso en el cobro de las suscripciones vencidas.

LA DECENA



Ya ha llegado á la Ciudad Eterna la primera peregrinación húngara, con motivo del Jubileo Sacerdotal de Su Santidad. Dos Obispos y unos 100 sacerdotes forman el núcleo de la misma, al cual se han unido cerca de 1.000 particulares de todas las clases de la sociedad. La acogida hecha por el pueblo romano á los peregrinos ha sido respetuosa, desmintiendo los temores más ó menos fundados que muchas personas abrigaban. Verdad es que, en el moderno concierto de las naciones, Italia no puede romper los compromisos de su alianza con Austria, y que en tal concepto, cualquier manifestación de desagrado hubiera sido alta-



ÁNGELES AL CIELO.
 (Bajo-relieve de D. Antonio Susillo.)

mente impolítica. Alemania ha hecho, pues, su entrada en Roma, para manifestar su adhesión y simpatía á la causa del Pontífice, cuyos derechos desconoce el rey de Italia, y el pueblo italiano, los elementos avanzados especialmente, han tenido que tolerar una imponente manifestación adversa á su política. En contra de esta actitud debe consignarse la de los defensores del Papado, que no vacilan en recomendar uno y otro día el restablecimiento del Poder temporal: en estos mismos momentos acaba de publicarse un folleto con el título de *La Conciliación: lettera de un italiano á S. M. il re Humberto*, en la cual se le pide en nombre de los intereses y de la gloria del pueblo italiano y de la misma dinastía de Saboya, que asegure la independencia del Pontificado, volviendo al *statu quo* de 1870. Ciertamente que el Papa es el supremo juez en este asunto; pero no juzgo impropio consignar este dato, que determina las corrientes de la opinión.

El teatro Español ha sido sentenciado á muerte por culpa de los que le construyeron sin buenos cimientos. Parece que estaba hundiéndose, y que esta enfermedad era incurable, por lo que las previsoras medidas de la autoridad son dignas de elogio; pero si siempre causa sentimiento el derribo de cualquier casa vieja, la que albergó tantas glorias lo merece doble más. Hace trescientos años que el arte dramático daba en ella sus primeros pasos; tuvo períodos de gloria, como los que simbolizan Calderón y Lope, Tirso y Moreto, y períodos de decadencia, como los de los reinados de los tres Carlos, el II, el III y el IV.

Moratín intentó allí una reforma, altamente laudable, que sólo á medias vió realizada, y allí, en época mucho más reciente, García Gutiérrez, y Vega; Hartzenbusch, y Bretón de los Herreros, conquistaron laureles inmarcesibles, anunciando un renacimiento glorioso y señalando el camino de nuevos triunfos á Ayala, á Tamayo y á otros tantos autores de envidiable renombre.

— Cuando la piqueta municipal

convierta en montón de escombros aquel edificio, todos los amantes del arte sentirán la desaparición, como se siente la de un amigo antiguo. Y la sentirán doblemente, porque en el período de decadencia por que hoy atraviesa el teatro, el Español era uno de los últimos baluartes en que aun luchaba el buen gusto contra la invasión de las chulerías y desverguenzas de los teatros por horas.

La clausura del teatro Español supone también la miseria de muchas familias que en él ganaban su subsistencia, y en tal concepto debe igualmente ser sentida; pero estos males pueden tener fácil remedio, en tanto que la desaparición del coliseo histórico es irremediable. Cierta que habrá proyectos, que se presentarán planos y Memorias, que todos hablarán de reconstrucción y de nueva edificación del teatro; pero ya verán ustedes lo que tarda en hacerse.

* *

El suicidio ha vuelto á ponerse de moda en esta capital; apenas transcurre un día solo sin que haya que registrar alguno, y recientemente la prensa daba cuenta de cuatro, realizados todos ellos por los manoseados procedimientos de la navaja de afeitar ó el revólver.

Tantas veces he tratado del suicidio en mis humildes trabajos, y tan escasos resultados produce el piadoso consejo que se da á los señores desesperados, que hay motivo para sospechar que existe en ellos la inquebrantable resolución de privarse de la existencia. «Me mato por gusto», decía últimamente uno de los suicidas del momento en su carta-declaración al juez... Cuando las gentes se matan por gusto, es punto menos que imposible privarles de la satisfacción que se tratan de proporcionar.

Pero yo les diría siquiera:

— Vais á mataros... perfectamente... Ni discuto el derecho que invocáis para hacerlo, ni trato de disuadirlos... Pero ¿no os parece que es ya una vulgaridad eso de agujerearos la piel, saltaros la tapa de los sesos ó haceros una tortilla sobre el empedrado? Hay muchos géneros de muerte más gloriosos.

¿Queréis morir abrasados? Pues aguardad á que surja un incendio; penetrad en las habitaciones que las llamas lamen, salvad la vida á alguna criatura, y cuando la hayáis dejado en salvo, volved al incendio simulando que buscáis nuevos seres, y morid allí.

¿Queréis ahogaros? Pues lanzaos al río cuando veáis á un semejante próximo á perecer, conducidle hasta la orilla, y cuando tengáis la evidencia de que se ha salvado, sumergíos en el fondo, y moriréis glorificados, después de salvar á humanos seres á quienes no juzgo tuvierais la menor malquerencia.

Ya sé lo que me vais á objetar... que no siempre se encuentran personas que estén ahogándose en el río, ó abrasándose en el fuego... Pues bien; yo os proporcionaré nuevos medios de quitaros de en medio. Todos los años veis numerosas familias desoladas y llorosas por haberle correspondido á un hijo el servicio de las armas... y tener que prestarlo en Cuba, donde las enfermedades, cuando no los enemigos, acechan á la juventud para postarla.

Devolved á esa familia el hijo por quien llora, reemplazadle en el servicio, y ya que morir es vuestro deseo, morid al menos como honrados á la sombra venerada de nuestra gloriosa bandera.

¿Queréis otro medio...? Entrad en los hospitales; solicitad la investidura de enfermeros, buscad con preferencia las salas en que yacen los acometidos por enfermedades contagiosas, y sed los confidentes y amigos del moribundo. Este procedimiento no es lento... ¡mueren tantas Hermanas de la Caridad, que no están desesperadas!

Otros muchos procedimientos pudiera recomendaros; pero no quiero privaros del placer de la iniciativa. Cuando vayáis á mataros, abrazad á vuestros hijos, si sois padres, y pedid inspiración á Dios; y si sois huérfanos, acudid al cementerio, arrodillaos junto al sepulcro de vuestra madre, orad, si aun tenéis alguna creencia, ó meditad en caso contrario, y cuando con la vista nublada por el llanto y el corazón estallando de dolor salgáis del fúnebre recinto, aceptad el medio que juzguéis preferible para entrar de nuevo, no allí donde la cruz protege el sueño de los que fueron, sino donde el eterno olvido sigue á la momentánea desesperación.

* *

El tema del suicidio se ha generalizado tanto, que figura ya entre los *sucesos menudos* de la prensa periódica.

A su lado pueden figurar los siguientes, que son del momento:

La escena representa la prevención del distrito de la Latina, en la cual se ve á dos sujetos. Uno de ellos

duerme con la tranquilidad del justo, pero al despertar comienza á dar voces y acude la guardia:

— ¿Qué ocurre?

— Que me han robado 48 pesetas que tenía en el chaleco.

La autoridad registra al otro acogido, y cuando desconfía de ver justificada la acusación, encuentra en un calcetín las 48 pesetas de marras.

— ¡Ah, ladrón!

— Pero, señor, si ha sido una broma...

— Ya te lo dirán.

— Como si yo hubiese querido utilizarme de estas monedas... Hombre, á menos tendría yo...

— Bueno, bueno; ahora mismo pasarás á disposición del juez de guardia.

¡Pobre criatura! Con sólo seis años de edad, sin familia y sin hogar, vagaba por Madrid atacada de viruelas.

En la calle de Embajadores fué recogida y trasladada á una Casa de Socorro, y después al Hospital provincial.

En el fondo de este suceso hay algo más que la desgracia de esta pobre niña. Hay una perversidad moral ó un abandono social que aterran.

— Te digo que no le hay como Frascuelo.

— Y yo digo que no tiene arte, ni conocimiento, ni otra cosa que corazón.

— ¡Como que podrías negárselo!

— Todo fuera que me empeñara.

— Valdrá más el de Córdoba.

— ¡Y mucho que sí!

— Mira que ya me vas calentando.

— Pues salte á tomar el fresco, que aquí en la taberna hace calor.

— Y sí que me saldré, si eres hombre para seguirme.

— ¡A tí y á otro más guapo que tú!

(Y salen á relucir las navajas, y cuando acuden los del Orden recogen á un individuo que no puede correr por la abundancia de mosto y á otro por la pérdida de sangre.)

Cómo se reiría de las reformas lotéricas de Pepe Bremón un individuo incógnito á quien persigue la policía. La *irradiación*. ¡Bonito sistema! Como si no hubiera otros más cómodos...

Y uniendo la práctica á la teoría, el individuo en cuestión ha acudido á la Administración de Loterías de la Puerta del Sol, ha entrado por un escalero para no molestar con el ruido de la puerta, ha abierto un arca de hierro, sin fractura, y ha extraído de ella 30.000 duros.

Un bonito premio de lotería sin peligro de perder el importe del billete. Lo malo será si dan con el autor del robo las autoridades.

— Por última vez te digo que has de quererme.

— Y yo te repito que no me peino yo para tí.

— Mira, Remigia, que me faltas y que ya estoy cansado de sufrir y de esperar.

— Toma una silla y estarás más cómodo.

— Lo que tienes tú es mucha lengua y repoquisima vergüenza.

— Y tú muchísima honradez...

El héroe de la jornada, que ha aprendido en el teatro que el hombre empieza á ser honrado cuando comete un asesinato, tira de navaja, y la busca acomodo en el cuerpo de su antigua amante. Una costilla embota algo el golpe y hace que la herida no sea mortal. La autoridad competente se persona en el sitio de la ocurrencia y lleva á la prevención al agresor.

Las campanas tocan á fuego... Pero no hay que apresurarse con las bombas, pues ya se apagó... Cuatro esteras viejas, una mesa de pino... El ajuar de una casa pobre. No hay que apurarse.

Y la verdad es — dice un filósofo — que estando á tres grados bajo cero, parece que no da lástima la noticia de un incendio. Yo al menos sólo sentiría que se quemara mi casa por lo frío del agua que se emplease para atajar el incendio.

M. OSSORIO Y BERNARD.

LOS GRABADOS

ÁNGELES AL CIELO

(Bajo-relieve de D. Antonio Susillo.)

El joven escultor sevillano D. Antonio Susillo, hoy pensionado en Roma, ha sabido en brevisimo tiempo crearse una sólida reputación. El bajo-relieve que hoy reproducimos determina claramente los altos vuelos del artista que así

comprende y sabe expresar en sentida alegoría la muerte de una tierna criatura.

TRINEO ATACADO POR LOBOS

La lámina que representa este asunto expresa gráficamente un hecho sobrado frecuente en la Siberia y otros países del Norte. Los lobos, reuniéndose para la empresa de común provecho, pagan en cierto modo las batidas que contra ellos y otros animales más inofensivos organiza el hombre.

ANTE UNA BIBLIA DE GUTTENBERG

(Cuadro de F. Lerche.)

El artista, autor del cuadro que en este número reproducimos, consagra en él un delicado recuerdo á los antiguos bibliófilos monacales: tres monjes examinan un incunabulo maguntino del siglo xv y en la actitud y fisonomía de los mismos se reflejan los sentimientos que les conmueven: admiración, curiosidad y sorpresa. El fondo lo constituye característica y rica biblioteca.

LA VIRGEN DE LA ESMERALDA

I



MADRE, usted ha llorado; mi padrastro ha vuelto á hacer de las suyas, ¿no es verdad? ¿A que es cierto? Pues ya se lo he dicho, que va á acordarse del santo de mi nombre.

— Hijo, por Dios, no te incomodes, y no le amenes nunca; no le digas ni una palabra, porque sería mucho peor para mí.

— No tenga usted cuidado, que no le amenazaré; lo que haré será avisarle para que no le coja de susto. Dos veces, que yo sepa, ha puesto ese tunante la mano sobre mi madre, y yo he jurado que si á ponerla llega la tercera, no han de quedarle ganas de repetir tan villana acción. Cuando pienso que podíamos vivir los dos tranquilos y felices...

— ¡Qué quieres, hijo! Yo creí hacer una cosa conveniente y me salió al revés. Bien arrepentida estoy, pero ya no tiene remedio; fué una equivocación que no dejaré de sentir toda mi vida; y ¿quién hubiera creído que pudieran resultar tantos males? Cualquiera hubiera hecho lo que yo, al verse con un hijo de seis años y con intereses que cuidar. Una mujer sola no vale para nada. Juan era el oficial mejor que teníamos en el taller, nadie le había tachado de mala conducta; siempre le había preferido tu padre, porque decía que era el más trabajador y de más provecho. A tí te quería tanto, que los días de fiesta dejaba á sus amigos y nos acompañaba á paseo, por el gusto de ir contigo, y si te cansabas, te cogía en brazos y así volvía á casa.

— Pues lo que es ahora no me tiene mucha afición que digamos.

— No te quiere mal, eso no.

— Ni bien, madre, ni bien; pero eso no es extraño, porque el que no quiere á su hija, ¿cómo ha de querer al hijo de otro? Yo no le necesito para nada, y tanto se me da que me tenga odio como que me tenga afecto; lo que no puedo tolerar es que se porte mal con usted. ¡Ay! Tengo unas ganas de acabar la carrera... Mire usted, madre, entonces sí que estaremos bien; ya he echado yo mis cuentas y formado mis planes; siendo yo cirujano, dejaremos este pueblo y nos iremos á otro que esté bien lejos, no porque no me conozcan y digan que el padre del cirujano era carpintero; cuando venga á cuento, yo mismo lo he de contar con mucho orgullo; pero quiero que usted, María y yo nos separemos para siempre de ese tunante. Verá usted qué tranquilos vivimos y qué felices.

— ¡Ay, hijo mío! — exclamó la Sra. Antonia moviendo la cabeza en señal de duda, y secando con una punta del delantal dos lágrimas que temblaban en sus pestañas. — Eso no es posible; tú te marcharás, y yo habré de quedarme y seguir sufriendo mi mala suerte.

— ¡Usted quedarse aquí! ¡Qué disparate! Eso no será mientras yo viva. ¡Pues no faltaba más! Habría día, si tal sucediera, que no tendría usted ni pan. El no se ocupa más que en satisfacer sus vicios, que no puedo creer, porque no es posible, que sean nuevos como usted asegura; antes los tendría, y á usted y á mi padre les había hecho creer que era un santo.

— No, por cierto; cuando nos casamos, y, como amo ya, se puso al frente del taller, era bueno, pero el dinero á veces pervierte hasta á su dueño; él, que nunca había tenido en el bolsillo más que su jornal, se vió de pronto dueño de la carpintería y de unos cuantos miles de reales, y el demonio del pecado se le metió en el cuerpo; como ya estaba en posición de gastarse un duro cuando le diera la gana, sin que

al fin de la semana le hiciera falta, tuvo muchos amigos, y por ahí empezó el mal. El Sr. Pedro, el carpintero de la plaza, que estaba ya más tronado que una rata, á causa de ser un holgazán y un abandonado, ese fué su perdición; empezó por llevarle á la taberna, y de allí á otros sitios peores; á él le gustó la nueva vida, y así ha seguido de mal en peor. Nadie sabe lo que yo tengo sufrido; todo lo ha consumido; como el humo se fué nuestra hacienda. ¡Adiós, establecimiento! No nos quedó nada, todo se lo llevó la trampa, y ahora, el que era dueño de un taller donde no faltaba obra para que cuatro oficiales trabajaran todo el año, viviéramos perfectamente y guardáramos un ciento de pesos duros, se ve hecho un miserable, y cuando trabaja, le dan poco más que nada, habiendo sido tan buen oficial que su trabajo se distinguía del de los demás por lo bien concluido y pulimentado, ahora vale menos que el del último aprendiz, porque se ha hecho holgazán y trabaja sin gusto ni conciencia. ¡Ay! Si no fuera por los 6.000 reales que te dejó tu padrino para que te libraras del servicio, no hubieras podido estudiar y seguir la carrera, y gracias á haberlos puesto en manos de la Sra. Rosa, que con su buen manejo nos ha dado de ganancia para comprar tus libros y demás gastos que ha habido que hacer; sin ese recurso ¿qué hubiéramos hecho? A Dios gracias, ahora ya es otra cosa, porque tú, trabajando el tiempo que tienes libre, ganas para todo; benditas sean esas manos tan primorosas, que haces más con ellas en tres horas que otros en una semana. No te gusta el oficio y no lo has querido seguir; es lástima, porque hubieras sido el primer ebanista del mundo.

— Para mi madre — añadió Manuel riendo.

— Y eres el mejor de los hijos; sí, el mejor — prosiguió la Sra. Antonia, cogiendo la cabeza de su hijo y cubriéndola de besos, repitiendo: — Manuel mío, no hay otro como tú, no le hay; Dios me perdone mis impacencias; yo no debo quejarme teniendo á ti, que eres un tesoro.

— ¡Madre! ¡Madre! — gritó desde fuera una voz infantil fresca y alegre.

Manuel abrió la puerta y entró una hermosa niña, de blanco y sonrosado cutis, ojos azules y dulces y cabellos rubios como el oro, divididos en dos trenzas que caían sobre su espalda. Después de besar la mano á su madre, corrió hacia Manuel y se echó en sus brazos diciendo:

— ¡Cuánto te quiero, hermanito mío! ¡Ay! ¡Si supieras cómo he pensado hoy en tí, y qué pena y qué alegría he tenido al mismo tiempo!

— Pena y alegría, no lo entiendo.

— Te lo voy á contar — exclamó la niña con mimo — pero me has de tener en brazos.

— Mira que eres casi una mujer y pesas mucho — repuso Manuel sentándose y colocándola sobre sus rodillas.

— ¿Que peso mucho? — repitió la niña riendo. Tú eres muy grande y yo parezco una muñeca; tú tienes muchas fuerzas. ¿Verdad que me lo dices en broma?

— Sí; pero cuéntame lo que te ha pasado.

— Mira, á mí, nada; ha sido á la tía Juliana.

— ¿Quién es la tía Juliana?

— Toma, tú no la conoces; es una viejecita que quieren mucho en casa de mi madrina. Hoy ha ido á que le leyeran una carta que había recibido de su pueblo; se la leyó mi madrina, y la tía Juliana dió un grito muy fuerte y se cayó al suelo. Todos dijeron que estaba muerta; pero llamaron al Sr. Cirujano, fué muy pronto, la miró mucho, y luego sacó un pinchito y le hizo una herida en un brazo, y entonces resucitó. Yo y Luisa, la hija de mi madrina, llorábamos, porque aquello daba pena.

— Pero vamos á ver, ¿por qué le dió el accidente á la tía Juliana?

— Es verdad, no te lo he dicho. Le dió porque decía la carta: «tu hijo es soldado y dicen que le embarcan»; y allí dijeron que eso era como echarlo al agua para que se lo comieran los peces. Esto fué lo que me dió alegría; no que se comieran los peces al hijo de la tía Juliana, sino pensando que á tí no te han de comer, porque dice madre que tienes dinero para comprar un hombre que vaya en tu lugar á servir al rey. ¿Es verdad, madre, que á mi hermanito no se le llevarán ni le echarán al agua? — añadió la niña rodeando con sus bracitos el cuello de Manuel y besándole repetidas veces.

— Ya lo creo — contestó la Sra. Antonia. — Dios le haya dado la gloria á mi compadre Felipe por tanto bien como me hizo dejándome ese dinero. Todas las noches le rezo.

— Madre — dijo Manuel poniendo á la niña en el suelo y levantándose. — Oigo pasos por la escalera; me parece que es ese hombre: me voy á mi cuarto, y saldré después que él haya entrado. No quiero verle, porque no sé si podría contenerme.

Y salió apresuradamente de la habitación.

Manuel no se había equivocado, era su padrastrero el que subía. Cuando entró en la sala, la Sra. Antonia se dirigía hacia la puerta; él la detuvo, diciendo con voz irritada:

— ¿Te vas porque yo entro? ¿Te incomoda que venga á mi casa?

— No me incomoda, al contrario; pero voy á la cocina á dar una vuelta al puchero.

— Déjalo del lado que esté, que aquí haces falta; tú no me haces ninguna — añadió dirigiéndose á su hija, que sentada delante de la ventana se disponía á seguir una labor que hacía con gran placer porque era para regalársela á su hermano; pero al oír el mandato desabrido y violento de su padre, se levantó sin replicar, miró á su madre, y con la cabeza baja salió del cuarto.

— ¡Pena me da! — exclamó la Sra. Antonia conteniéndose para no llorar, porque era una de las cosas que más exasperaban á su marido. — Sí, te lo digo, mucha pena el ver la manera que tienes de tratar á ese ángel del cielo.

— Eso no te importa, es mi hija y hago lo que me da la gana; ella no me quiere y yo la trato como merece, y nadie tiene que chistar ¿estamos? Ahora hablemos de lo que importa.

— ¿A quién?

— Á mí y á tí.

— Pues dí lo que sea.

— Que no tengo dinero.

— Y á mí ¿qué me cuentas? ¿Me has dado algo á guardar? Tú te gastas lo que ganas, no me entregas una peseta, comes y bebes sin pagar un ochavo, ¿qué más quieres?

— Ya te lo he dicho, dinero.

— Y yo te he contestado que no lo tengo; además, aunque lo tuviera, no te lo daría.

— ¿Sabes lo que has dicho? ¿Qué no me lo darías?

— Sí, lo sé — contestó ella con firmeza — porque las obligaciones de la casa son primero que...

— ¡Acaba! — gritó Juan con voz ronca cogiéndola brutalmente del brazo. Ella empezó á temblar y contestó:

— Quiero decir, que si tuviera de más te lo daría.

— Bueno, pues ponme aquí tu firma en este papel.

— ¡Mi firma! ¿Para qué la quieres? Ya no me queda nada; has vendido y gastado cuanto tenía.

— No importa; puede que todavía quede alguna cosa que se pueda aprovechar. Vamos — prosiguió con tono imperioso — aquí tienes el papel y la pluma.

Ella alargó la mano, pero en seguida la retiró.

— ¡Firmas ó no! — exclamó Juan con impaciencia. — Si no tienes nada que perder, ¿por qué no pones ahí esos garrapatos?

La Sra. Antonia reflexionó un momento; efectivamente, ¿qué mal había en acceder al deseo de su marido, si no le quedaba nada? Sin embargo, al coger la pluma sintió tal angustia, que la dejó caer sobre el papel; le hacía daño en los dedos y en el corazón. Su marido soltó una horrible blasfemia.

— ¡Calla, por Dios! — exclamó ella horrorizada.

— ¡Voto al demonio! ¿Acabas ó no?

— Toma — contestó ella, firmando rápidamente y entregándole el papel. — Si llevas algún mal fin, que la Virgen me proteja.

Juan tomó el papel y se lo guardó, diciendo con burlona sonrisa:

— Aunque no vale nada, se agradece, Sra. Antonia. Vaya, hoy no vendré á comer; estarás sola con el ángel y el señorito. Divertirse.

La Sra. Antonia se cubrió el rostro con las manos y empezó á llorar amargamente, murmurando:

— No le diré nada á mi hijo, no debe saberlo.

Transcurrió un año. Juan, en vez de corregirse de sus vicios, había acabado por estar fuera de casa semanas y hasta meses enteros.

II

Era el día en que se hacía el sorteo de los mozos del pueblo. La Sra. Antonia rezaba arrodillada delante de una pequeña imagen de la Virgen colocada sobre una mesa y alumbrada por una vela de cera. De pronto dejó de rezar y escuchó; se oían pasos precipitados por la escalera; se levantó y abrió la puerta; era Manuel; estaba muy pálido.

— ¡Madre! — dijo con voz conmovida — he sacado mal número: soy soldado.

— ¡Vamos, hijo, cómo ha de ser; bien hayan mis bienes que remedian mis males! Yo pedía á Dios que salieras libre porque tu hermana hubiera tenido los 6.000 reales para hacerla un dote, que así lo habías dicho; pero paciencia; voy ahora mismo á casa de la Sra. Rosa para que me entregue el dinero.

Esto diciendo, cogió el pañuelo, se cubrió con

él y salió á la calle, encaminándose á la casa de la Sra. Rosa, mujer de unos 40 años, dedicada á la reventa de muebles y de toda clase de objetos y á negocios en que pudiera, como ella decía, sacar un buen pellizco.

La Sra. Antonia llegó á la casa á tiempo que el ama ayudaba á sacar un mueble, que casi obstruía la puerta.

— Buenos días, Sra. Rosa.

— Muy buenos, Sra. Antonia — contestó la traficante; — pase usted y siéntese, que en seguida voy.

La Sra. Antonia entró, pero no se sentó; estaba impaciente.

— Vamos, ya estoy aquí; pues usted dirá en qué puedo servirla.

— He venido para decirle á usted que mi Manuel ha caído soldado.

— Pues mire usted, lo siento de veras, porque es un mozo que merecía otra suerte. Lástima que tenga que cargar con el chopo.

— Es que no irá; para eso he venido á decir á usted que me dé los 6.000 reales que, con la condición de recogerlos cuando los necesitara, los dejé en poder de usted.

— Y yo se los entregaré si aquí estuvieran; pero como los ha recogido...

— ¿Qué está usted diciendo? ¿Que yo...? ¿Cuándo, dónde me los ha entregado? ¿Será usted capaz de negarme... digo, de robarme?

— Oiga usted, señora — gritó la Sra. Rosa, poniéndose las manos en las caderas y preparándose á levantarlas hasta la cara de la Sra. Antonia — á mí no se me llama ladrona, ¿está usted? porque tengo yo remucha conciencia... ¡Pues no faltaba más; me gusta la desvergüenza! yo soy tan señora como usted, aunque mi hijo no vaya vestido de caballero. Usted si que venía á sorprenderme, por si pegaba; pero como yo tengo muy bien guardado el recibo firmado por usted, ¿estamos? no ha podido ser.

La Sra. Antonia quedó anonadada; acababa de acordarse del papel que había firmado hacía un año.

— ¡Tendría que ver! — prosiguió la Sra. Rosa — que me dejara yo insultar: su marido de usted se ha gastado los cuartos. ¿Y á mí qué?

La Sra. Antonia levantó la cabeza y fijó sus ojos en los de aquella mujer, que la miraba con insolente provocación... Todo lo comprendió: recordaba algunas palabras sueltas de las vecinas y algunas sonrisas burlonas cuando ella hablaba de la señora Rosa, que era, no cabía duda, la amiga íntima de su marido y entre los dos habían hecho la infamia: de otro modo no era posible; porque aquella mujer, á no ser cómplice, hubiera ido desde luego á decirselo. Y al contrario, había seguido dándole algunas pequeñas cantidades para sostener el engaño.

Se levantó de la silla en que poco antes había caído anonadada, y exclamó con desesperación:

— ¿Con que no tengo para salvarlo, y tendrá que ir á ser soldado? ¡Hijo de mi alma!

Un débil gemido se oyó detrás de la Sra. Antonia: era la pequeña María, que había entrado buscando á su madre, y escondida, todo lo había oído, y casi desvanecida había caído al suelo. La desgraciada madre la levantó en sus brazos y salió de la casa silenciosa y con la muerte en el corazón.

Al llegar á su casa tuvo que meterse en la cama: la calentura la devoraba; el delirio siguió á la fiebre; llamaba sin cesar á la Virgen. «No viene — repetía; — yo quiero ir á verla y acompañarla, como siempre he hecho. María, hija mía, ponte el vestido blanco y la corona de rosas, toma una vela y acompaña á la Virgen; anda pronto, no tardes, que ya repican las campanas de la iglesia. Es que sale la procesión, la veo, pero no puedo levantarme, no puedo ponerme de rodillas para pedir á la Madre de Dios que nos ampare en nuestra desgracia. ¡Ay! estoy sujeta, sujeta y no puedo moverme.»

En su enfermo cerebro conservaba la idea de la gran solemnidad de aquel día en que sacaban á la Virgen procesionalmente, rodeada de niñas vestidas de blanco y coronadas de flores.

María apenas contaba nueve años, pero tenía un talento y reflexión superior á su edad: al oír á su madre sintió un gran deseo de ir en la procesión, pero no con su traje blanco, sino confundida con las muchachas del pueblo. A media tarde salió la procesión; en unas andas primorosamente talladas por las hábiles manos de Manuel iba una hermosa imagen de la Virgen María, adornada la cabeza con una preciosa corona de oro cuajada de piedras preciosas. La pequeña María siguió la procesión hasta que volvió á la iglesia: ella entró también, se arrodilló y pidió con toda su inocente alma que salvara á su hermano; luego se sentó al pie de un altar; estaba rendida, sus ojos se cerraron y se quedó dormida. Cuando despertó miró con asombro á su alrededor; la función había concluido; el sacristán apagaba las últimas luces. Sus miradas se fijaron de

nuevo en la divina imagen, se arrojó y exclamó juntando sus pequeñas manos: «Virgen mía, ¿será verdad el sueño que he tenido? ¡Ay! Protégenos, Madre de Dios.» Y la niña quedó suspensa contemplándola, pareciéndole que se inclinaba hacia ella sonriéndole con bondad.

Luego salió de la iglesia y echó á andar despacio, con la cabeza inclinada sobre el pecho y los brazos caídos con desaliento. De pronto se detuvo y levantó del suelo un pequeño objeto que había visto brillar; al tenerlo en su mano lanzó una exclamación de sorpresa y sus ojos se animaron con una alegría extraordinaria. «¡Si será verdad lo que he soñado!» dijo, y echó á correr en dirección á la plaza; allí se detuvo delante de una platería, abrió la mano que guardaba el objeto hallado, le contempló un momento y luego entró resueltamente en la tienda. El platero no se hallaba solo: varios amigos estaban con él sentados en la trastienda. La niña se acercó al mostrador diciendo:

— ¿Quiere usted comprarme esto?

— ¿Y qué es ello? — preguntó el platero levantándose — ¡Ah! es una esmeralda; vale poco, es muy pequeña. ¿Te han dicho lo que quieren por ella?

— Sí, señor — contestó la niña con resolución — me han dicho que me diera usted de oro lo que pueda pesar, ¿lo dará usted?

— Sí, hija mía.

— ¿Me lo dice usted de verdad?

— Más, te lo juro.

Y añadió riendo:

— Estos señores son testigos.

Todos se acercaron. Él continuó diciendo:

— ¿Han oído ustedes que he jurado á esta niña darle de oro tanto como pese esta esmeralda? Pues vamos á ver, no debe pesar ni un grano; veamos.

Puso la piedra en un platillo y en el otro un grano de oro: la balanza no se movió; puso dos, tres, cuatro, y lo mismo.

— Es extraño — exclamó — hubiera jurado que no pesaba medio grano, y van cuatro sin que se haga el peso.

— A ver si esto lo baja — dijo uno de los amigos sacando del bolsillo una onza de oro y echándola en el peso.

Todos lanzaron una exclamación de asombro. La balanza permaneció en el fiel.

— ¿Quién te ha dado esta piedra? — le preguntaron.

Ella contestó sencillamente:

— Me la ha regalado la Virgen.

— ¿Qué estás diciendo, niña?

— Sí, señor, es la verdad — exclamó echándose á llorar. — Y dijo que, habiéndole robado á su madre una mujer muy mala 6.000 reales que tenía para salvar á su hermano, ella había ido detrás de la procesión, pidiendo á Dios que librara á su buen hermano.

— Después — añadió — yo estaba muy cansada, me senté y me dormí; entonces ví á la Virgen que arrancó una piedra de su corona y me dijo: «toma: vé á casa de José el platero; por ella te dará lo que pese de oro, y podrás librar á tu hermano.» En seguida abrí los ojos, salí de la iglesia y á poco encontré esa piedra.

El platero, según hablaba la niña, se iba poniendo densamente pálido.

— El cielo me perdona — dijo cayendo de rodillas — hace muchos años que, hallándome en un peligro inminente, ofrecí á la Virgen una corona de oro macizo que pesara una libra; la Virgen me salvó, pero yo no cumplí la promesa. ¡Miserable de mí, la había olvidado!

Trémulo, conmovido, se levantó y con mano temblorosa empezó á echar oro en el platillo; al fin se inclinó la balanza: había diez y seis onzas. El milagro era claro, patente; pronto fué de todos conocido. El entusiasmo religioso era general; el pueblo entero se agolpó á las puertas de la iglesia, que fueron abiertas para que todos pudieran ver á la divina imagen; luego la niña fué llevada en triunfo hasta su casa, no cesándose de oír en todo el camino los vivas á la Virgen y las bendiciones á la inocente María.

El pueblo, desde aquel señalado día, veneró á la milagrosa imagen con el nombre de la Virgen de la Esmeralda.

La Sra. Antonia recobró rápidamente la salud. Juan, un poco arrepentido y un mucho temeroso á la justicia del cielo, juró volver á ser trabajador y honrado. Manuel ofreció á la Virgen unas andas nuevas que fueron, al siguiente año, la admiración de cuantos asistieron á la solemne fiesta con que fué celebrado el aniversario del milagro hecho por la divina imagen, patrona del pueblo.

ANTONIO MARÍA.

A LA INMACULADA CONCEPCIÓN DE MARÍA

ODA ¹

Himnos de amor y cantos de victoria entona el alma coro: «fué arrojado el antiguo dragón: triunfo á María cantemos y á Jehová á la eterna gloria.» LISTA.

¡Quién alcanzara el sublimado vuelo del admirable genio que realiza prodigios tantos, del pintor del cielo á quien la sacra inspiración asiste, y su mente creadora cuando guiado por la fe idealiza de excelsa imagen la expresión humana, y su faz de belleza encantadora, de augusta majestad, luz soberana, y de santo candor baña y reviste con todas las virtudes que atesora! ¡A quién le fuera dado! ¡Ah! si mi pluma pudiera arrebatar á sus pinceles sus vívidos colores, hoy que pretendo á la grandeza suma de la gloriosa y celestial María, yo el más rudo esta vez de sus cantores, consagrar mis acentos, que aunque de digna elevación exentos, en su misma humildad son ecos fieles de la fe que conserva el alma mía!

En el error sumido, en torpe culpa y abyección completa, el mundo pervertido, tal su vértigo odioso y su locura, olvidábase ingrato que el profeta el límite marcó á su desventura, y que el feliz instante llegaría por su infalible acento señalado, en que la ciega humanidad sería libre al fin del imperio del pecado. Y el instante llegó: con vida humana el mismo Inmenso Dios, el Verbo mismo, Sol de gracia, y de luz fuente divina, de donde sólo la verdad emana, difundirá en los hombres la doctrina que ha de alejarles del profundo abismo á que los lleva su razón insana.

Un purísimo Sér, una doncella á quien cuna en sus faldas dió el Carmelo, cándida flor incomparable y bella, para dar en el mundo humana vida á quien rige los orbes desde el cielo, á un Dios Inmenso y fuerte y poderoso, fué en los altos designios elegida, su virginal pureza conservando, por virtud del misterio portentoso.

Sin mancha del pecado, en infecundo tálamo, al acento sublime de Jehová su sér recibe, honrando de David la estirpe pura, la Virgen que será prez y dechado de las virtudes todas, y el portento de célica hermosura que en los ángeles sólo se concibe.

Virgen Madre de Dios, Reina y Señora de cielo y tierra, tu apacible infancia fué del divino Redentor la aurora, y flor de Nazareth, con tu fragancia serenaste de nuevo aquel ambiente turbado por la rápida corriente de una atmósfera impura que extendía al lejano confín de Galilea, en su innoble agonía, esa romana sociedad demente, de infames vicios é impiedades rea.

A Tí, divino Sér, que tal imperio ejerces poderosa, y á quien contemplo ya cuando amorosa con dulce llanto de ternura bañas y maternal placer la faz hermosa del Hijo concebido en tus entrañas; mi voz en el altísimo misterio y el inmenso favor que Dios al mundo concede en él mostrándote nacida inmaculada y pura, cual iris de bonanza y de ventura y terror de la sierpe maldecida, instigadora del pecado inmundo, á levantar me atrevo: á Tí, que diste sér al Verbo santo, salud del mundo y del averno espanto, hoy mi alabanza fervorosa elevo.

¡Cual tu imagen purísima suspende mi espíritu y lo arroba y lo cautiva al contemplarte con la forma bella

con que tu sér comprende la profunda piedad, la fe más viva; con la sublime idealidad aquella que el artista del Betis supo darte, más con la excelsa inspiración del cielo que con la sola inspiración del arte; cual el cristiano con ferviente anhelo del templo ante tus aras prosternado sus preces te dirige y te venera, y acude á Tí, feliz ó desgraciado, con la expresión de gratitud sincera ó en demanda de auxilio y de consuelo!

Hacia el Empíreo en vaporosas nubes do estáticos te admiran y adoran con amor tiernos querubens que en bellos grupos á tus plantas giran, por la etérea región serena asciendes; de inefable candor, santa hermosura y augusta majestad, tu faz divina de eterna luz al resplandor enciendes. Tu flotante cabello desparcido sobre tus hombros agitado ondea; en sueltos pliegues tu azulado manto flota del aura celestial movido; corona de esplendor tu sien rodea; estrellas del cenit de fuego santo tu nítida aureola te componen; tu escabel es la luna, y del pérfido monstruo en quien se aduna la impotente soberbia á la malicia, en la fiera cerviz tus pies se imponen, pues simbolizas la dichosa suerte, á su despecho mísero y su espanto, del hombre de la culpa redimido por el Sol de justicia, y el castigo te cumple, y el quebranto de esa sierpe locuaz que da la muerte al débil hombre en el Edén perdido.

Tal ascendiste, celestial Señora, al extinguirse tu existencia humana á presencia de Dios, á la alta esfera, del lecho sepulcral, y triunfadora del mundo, y de los cielos soberana, del Arcángel en alas conducida, así fuiste á ese solio, donde impera tu infinito poder, enaltecida.

Entonces fué cuando el Eterno Padre con voz que escucha la creación, sintiendo veneración inmensa y alegría:

«¡Esta es, así habló, la Esposa mía que sin la culpa original naciendo, del Verbo ha sido la amorosa Madre cuando el Verbo á los hombres redimía! Es la heroica Mujer de los dolores de todo sér mortal bajo el imperio, que en el sublime instante en que el misterio de la anunciada redención se cumple, ve espirar en el hórrido suplicio á aquel Hijo en quien tiene sus amores, y partícipe así de su tormento, lo es también de su inmenso sacrificio cuando apura la hiel del sufrimiento. Es la Virgen excelsa y sacrosanta, cuyo poder por siempre ha conseguido al soberbio dragón hollar vencido, inermes en su rencor, bajo su planta. Señora del Empíreo, el alma coro proclámela feliz, y en gloria suya el armonioso cántico levante que nunca cese, que jamás concluya. Junto á mi solio el suyo esté constante. El mísero mortal que gracia implora, si en su aflicción á su piedad acude, halle en ella la tierna intercesora que en dulces horas las amargas mude. ¡El nombre de María bendito sin cesar en cielo y tierra! ¡Su nombre llene el mundo y el espacio para inundar al mundo de alegría! Un tesoro de amor en mí se encierra por tan cándido Sér: ¡Del orbe es suyo el dominio, y mi cielo es su palacio, y es su gloria inmortal la gloria mía!» ¡Oh Sér inmaculado! ¡Oh Virgen pura! ¿qué es mi humilde alabanza cuando un acento á repetir no alcanza del himno excelso de la sacra altura? Tú, que en las nieblas del error de un mundo esclavo de la culpa, envilecido, del Hacedor en su saber profundo divina emanación, piadosa has sido de la estirpe de Adán corredentora; Tú, que á un valle de lágrimas viniste á ser la luz de la existencia humana, ¿cómo no has de escuchar himnos fervientes de gratitud y amor? ¿Cómo del triste que á tu suma grandeza debió el consuelo en la aflicción insana,

¹ Esta composición obtuvo el primer premio en el Certamen celebrado por el Liceo de Vigo en el año 1880.

las preces no atender y los loores
y la eterna alabanza á tu pureza
del limpio corazón de los creyentes
que imploran tu piedad y tus favores?

¿Y cómo no, quien por su patria tiene,
por su querida patria, la que amante,
con tu sagrado nombre patrocinas;
la noble España que tu amparo obtiene
en audaces empresas
cuando eleva la cruz en sus pendones
y la cruz donde quien mira triunfante
ya en las comarcas del infiel opresas,
ya para gloria de la fe, luchando
con heroico valor ó el mar surcando
para llevar con júbilo profundo
el signo de salud á otras regiones
aun ignoradas del antiguo mundo;
cómo no con piedad honda y sincera
benedicir en su cántico ferviente
tu sacrosanto nombre?
¿Y cómo reverente
á la Virgen y Madre del Dios-hombre
sin la más leve mancha concebida,
no recurrir el que piedad espera
con alma de la culpa arrepentida?

Tu dulcísimo nombre balbucea
el tierno infante en su primer plegaria;
tu imagen besa su inocente boca,
y el que en el trance de la vida extremo
volver al seno de su Dios desea,
tu intervención juzgando necesaria,
también tu nombre invoca
para encontrar piadoso al Juez Supremo.
De todos eres Madre, alcanza á todos
tu manto de clemencia:
del humano á la mísera existencia
amparo prestas de diversos modos,
mas siempre el rayo de tu luz divina
las sombras disipando,
ya las produzcan el error infando,
ya el infortunio que al mortal domina.
¡Eres del mundo universal Señora,
y el alma entre las almas la más pura!
Si pretendí llegar á tanta altura
para cantar tu gloria y tu pureza
y bendecir tu nombre, mi rudeza
perdona y mi osadía
en gracia del amor con que te adora
quien proclama y admira tu grandeza,
¡Virgen Madre de Dios y Madre mía!

ANGEL LASSO DE LA VEGA.

ARRIA

Casta suo gladium cum traderet Arria Paeto
Quem de visceribus traxerat ipsa suis.
Si qua fides, vulnus, quod feci, non dolet, inquit,
Sed quod tu facies, hoc mihi Paeto dolet.
(*Marcial.*)

I



RA el año 43 de Jesucristo.
Había amanecido para Roma uno de
esos días que hacen época en la historia
de las naciones, y cuyo recuerdo se trans-
mite de generación en generación.

El cielo de un color fatídicamente cobrizo, y los débiles rayos de un sol medio oculto por siniestras nubes, amenazaban lluvia y tempestad. — Sobre la Ciudad Eterna cernía sus negras alas el ángel del terror.

Veíase á los soldados armados, como en días de combate, pasar severos y silenciosos, con espanto del pueblo, que no llegaba á explicarse la causa de aquellos preparativos, pero que instintivamente comprendía que iba á presenciarse algún terrible castigo, más que justicia, venganza, dispuesto por el emperador Claudio.

En todos los semblantes veíase pintada la curiosidad, mezclada con cierto vago temor, que se tornó dolor profundo, esparcida que fué por la ciudad la noticia de que la víctima ilustre que, con otras, iba á ser sacrificada era Caecina Paeto, varón consular, muy estimado por su recto juicio, y por su carácter dulce y jovial para con los pobres, y modesto para con sus iguales.

El crimen de Paeto era su fidelidad á Camilo Escrivoniano, enemigo implacable de Claudio; contra quien últimamente había conseguido sublevar la Iliria. — Vencida la rebelión, y muerto Camilo, aun no se vió satisfecha la venganza del Emperador romano, que hizo conducir á su presencia al desgraciado Paeto, desde la Esclavonia, donde se había guarecido.

¡Fatalidad es, por cierto, que se inclinan siempre al mal los que más bien pueden hacer!
Paeto fué condenado á muerte.

II

Tres horas faltaban para la ejecución, y ya en los rostros, poco antes tristes y apenados, veíase retratarse la consoladora esperanza. — Decíase por la ciudad que Claudio iba á perdonar á la ilustre víctima.

— ¿Quién habrá logrado enternecer el corazón de roca y torcer la voluntad de hierro del adusto soberano? preguntábase unos á otros. — ¡Una mujer! Una mujer, bella como la virtud, esposa dignísima del honrado Paeto. La noble, la hermosa, la esforzada Arria.

Arria adoraba en su esposo; separarse de él era la muerte para ella: su vida era la muerte con él.

Cuando en Esclavonia supo que Paeto iba á ser conducido á presencia del temido Claudio, ella pidió acompañarle, fundándose en que *no pudiendo negar á una persona de la categoría de Paeto (ya hemos dicho que era varón consular) un esclavo para servirle, ella quería encargarse de aquel cuidado*. Los sicarios del Emperador no quisieron acceder á esta súplica, y la valerosa Arria, sola, se arriesgó á atravesar los mares en un débil esquife, siguiendo la embarcación que llevaba hacia Roma la mitad de su alma.

Arria no quiso apartarse un momento de su idolatrado esposo, pero sólo consiguió que se le permitiese pasar el día y la noche junto á la cerrada puerta de la prisión. Allí permaneció hasta que un soldado se la acercó diciendo:

— Apártate, apártate de esa puerta, si no quieres ver morir á Paeto. El Emperador manda que muera, y que su cadáver sea llevado por la ciudad en una pica. — Aparta, mujer. — Si soy yo quien le ha de matar y te encuentro aquí, creo que desobedeceré al mismo Emperador.

Arria dirigió una mirada de gratitud al soldado, y sin decir palabra se alejó de aquel sitio.

Atropellando guardias, y sufriendo serena denuestos é injurias de la feroz soldadesca, llegó Arria á presencia del Emperador.

— ¿Es cierto, le dijo, que has condenado á muerte á Caecina Paeto?

— Sí: ¿quién se atreve á preguntarlo? contestó con ceñudo rostro el feroz Claudio.

— ¡Yo! yo, que soy su esposa, y que quiero morir si él muere. — Él muere por ser fiel á la amistad de Camilo Escrivoniano, tu enemigo; yo por serlo al amor de mi esposo, tu enemigo también. — Quieran los cielos que sobre tí y sobre tus hijos, y los hijos de tus hijos, caiga la sangre que vas á derramar!

Y Arria gritaba á presencia del sorprendido Emperador. «¡Venid, vosotros los que servís al tirano! ¡venid, cobardes, que sólo ese nombre merecéis! ¡venid! — ¡Muera Claudio! ¡Muera vuestro señor!»

Claudio, temeroso de que el ejemplo de aquella mujer estimulase el valor de los descontentos, á quienes hasta entonces contuviera el sistema de terror á que había recurrido para conservar su puesto, creyó calmarla diciendo:

— Perdono á Paeto.

El furor de Arria tornóse súbito dulzura y agradecimiento. — Aquellas palabras significaban para ella un mundo de esperanzas. — Otra vez iba á vivir dichosa al lado de Paeto, del único hombre á quien amaba. — Cayó de hinojos, y escaldando sus mejillas lágrimas de felicidad y gratitud, besaba el manto de púrpura del Emperador.

La belleza de Arria había hecho, sin embargo, nacer en la mente de Claudio un deseo que, en su carácter duro y despótico, era ya una necesidad.

— Sé mía, añadió, pasado un momento; sé mía, y después Paeto y tú podréis vivir tranquilos. — Paeto, que es mi enemigo, tendrá honores y riquezas. Tú tendrás por esclavo á quien es señor de Roma.

La ira y la desesperación pintáronse en el rostro de Arria; un instante estuvo inmóvil mirando con profundo desprecio á quien ya consideraba su verdugo, y al fin salió altiva y resuelta, dejando lleno de asombro á Claudio, y diciendo á uno de los soldados:

— ¡Dejadme! vuestro señor perdona á Paeto, con la condición de que yo sea suya. Voy á dar esta buena noticia á mi esposo. — Luego, traedme á presencia de vuestro señor!

III

Arria entró en la prisión de su esposo, y sacando de entre sus vestiduras un puñal le dijo:

— Nuestra suerte está decidida. Si no quieres la deshonra de quien se honró siendo tu esposa, muere como yo muero.

Y rasgando sus ropas sepultó en su pecho el puñal.

Haciendo después un doloroso esfuerzo, sacó el arma fatal, y entregándosela á Paeto, le dijo:

— Toma; esto no hace mal.

Paeto siguió el ejemplo de su esposa.

IV

Cuando los soldados del Emperador entraron en la prisión, retrocedieron aterrorizados, viendo los cadáveres de Arria y Paeto.

Claudio no pudo nunca desechar de su imaginación el recuerdo de aquel acto de sublime heroísmo. — Siempre fué fatídica sombra de su sueño la muerte de la noble, de la hermosa, de la esforzada Arria.

CARLOS FRONTAURA.

EL TEATRO CONTEMPORÁNEO Y LA MORAL



A extrema decadencia á que ha venido á parar el arte dramático, falto actualmente, en nuestra patria al menos, de representantes dignos de su antiguo esplendor, coincide con el apogeo de otro arte menos que mediano, compuesto por las producciones que hoy gozan del favor del público y del aplauso de las muchedumbres, como el apogeo de aquellas coincide también con la licencia y la inmoralidad escénicas, tan en boga en los presentes momentos.

Librenos Dios de hacer la apología de la literatura docente y sermoneadora del gusto de otras generaciones. No creemos que sea el teatro, en absoluto, escuela de las costumbres, por más que no desconozcamos que hay en él mucho de tal, porque al fin, lo que en él se representa queda más ó menos grabado en la mente y en la memoria de los espectadores, y desde cierto punto de vista influye en su educación, en su manera de ser y en sus costumbres. El autor de comedias y dramas, al cual ya ni siquiera cabe llamar poeta, toda vez que la inmensa mayoría de esta clase de obras se escriben ya en prosa, que suele ser pedestre y desatinada, sin conciencia ni aspiraciones de mérito mayor, no puede limitarse á ofrecer buenos ejemplos en las tablas. En este caso, el *interés* y el *movimiento*, base del éxito, faltarían del todo, cuando al escritor se le vedase una buena parte de la realidad social ó psicológica, que está en sus manos ó en su inspiración llevar al arte que produce. La moral estricta, el buen ejemplo cerrado, la virtud modesta, sin otros atractivos, acabarían por convertir el teatro en seminario más ó menos recreativo. No se trata de eso.

Y bueno es dejar aparte estas salvedades, hoy que muchos corifeos de doctrinas perversas (literalmente hablando) claman contra aquel teatro de otros tiempos, en que, según ellos afirman, no pasaba nada de particular, en que se dormía el auditorio al aburrido compás de la aguja que cosía en el bastidor, de las sentencias filosóficas de la abuela que hacía el vis á vis y de la monotonía de una acción en que se mezclaba, por iguales partes, lo sentimental y lo soporífero, con lo excesivamente sencillo y lo sobradamente candoroso.

Pero si no queremos que el teatro dogmatice y venga á convertirse en escuela de costumbres, por una usurpación de atribuciones poco afortunada cuando el intento de moralizar desde las tablas de los escenarios contó prosélitos ilustres; si rechazamos el irritante sermoneo de algunas malaventuradas comedias, aprobamos, en cambio, el culto respetuoso que el verdadero poeta rinde á la moral, ó por lo menos, á las conveniencias sociales; nos complace ver evitar con reticencias juiciosas los pasajes escurridizos, y aplaudimos todo tributo pagado en aras de la buena educación, que ni al arte mismo se dispensa, al público decoro.

Razones son estas tanto más dignas de tenerse en cuenta en nuestros días, en que las revistas políticas con sus estúpidas, y á las veces irrespetuosas caricaturas, las piezas arregladas ó desarregladas del francés, con sus acostumbradas desvergüenzas, y los sainetes grotescos de flamencos, chulos, toreros y gente perdida, con sus insoportables dicharachos y sus repugnantes fanfarronadas llenan los escenarios, y casi casi, los libros, ofreciendo surtido variadísimo, y á los poetas adocenados mercado abundante de ripios modelos hechos á gusto de sus aficiones, y lo que más se aprecia porque más estimula: cosecha de dinero y de aplausos.

La juventud literaria que ensaya seriamente sus fuerzas en la dramática, en la actualidad, aunque con escaso resultado, no elige el drama sino la comedia, y no la comedia de enredo, de ilustre prosapia entre nosotros; ni la de carácter, que inmorta-

1 *Cansaco.* — Diccionario de Mujeres célebres.



TRINEO ATACADO POR LOBOS.

lizó á Molière y á Moratín; ni la de *figurón*, que tuvo su período de auge; ni tampoco la que interpreta, en forma jamás superada, el brillantísimo ingenio de Bretón de los Herreros, que sería único, á no haber existido el gigantesco adalid del teatro cómico, conocido con el nombre de Tirso de Molina; sino la comedia novísima, irreprochable si se estudia bien y se trata con pulcritud y experiencia del mundo y del corazón humano: la comedia urbana, donde alternan lo cómico y lo dramático, las grandes pasiones y los mezquinos apetitos, la intriga aparatosa y el burlesco enredo, los poderosos acentos de la ira, del amor y de la venganza y la irónica sonrisa, el desdén implacable y la charlatanería cortesana y desenvuelta.

Es aceptable asimismo, si no en igual escala, el sainete de costumbres, tal como lo entiende, por ejemplo, el Sr. D. Ricardo Vega, siquiera sean descritas únicamente las observadas en la gente menuda, si estos sainetes proceden de buena estirpe y se escriben por plumas no divorciadas del arte y de la poesía, pues entonces la chispa del ingenio brilla hasta en medio del montón donde otros no ven más que vulgaridad y aridez, y el lápiz del dibujante disculpa, con oportuno claro-oscuro, las manchas y los lunares que hay en el campo de la observación, haciéndolos apenas perceptibles.

Todo, en suma, es legítimo en el teatro, si no se salvan imprudentemente las barreras del decoro y de las buenas formas. Nada puede ser allí legítimo que no parezca bien en un salón ó en el hogar doméstico. Con ser no ha muchos años el Sr. Echegaray el dramaturgo á la moda, estuvo á punto de ver naufragar cierto *Mar sin orillas*, á pesar de la irremediable y natural benevolencia del público, por una escena de mal gusto que no logró ser escuchada en el referido drama sin protesta. Hoy ya es otra cosa. Hoy se toleran cosas mucho más graves, y en las piezas en un acto que se representan en diversos coliseos de esta Corte y luego hacen su camino por los de provincias, se deslizan frases, chistes y doñaires que á un tiempo mancillan el decoro, pervierten el gusto, corrompen las costumbres y afectan además, por si aquello pareciera poco todavía, á la

sintaxis y á otras partes igualmente importantes de la Gramática castellana.

Se trata también hoy de una cuestión de moda. Aquel *naturalismo*, de que hablé en otra ocasión desde la columna de este periódico, bajo el epígrafe de *El Arte materialista*, no contento con dar nombre y forma á novelas y libros de entretenimiento, en su mayoría *pornográficos*, invade el teatro y nos ofrece, bajo el pretexto de describir las costumbres de la gente menuda á que he aludido, adornándolas con las puntas y ribetes del ingenio cómico, toda suerte de repugnantes chabacanerías. Para esa *musa desgreñada*, como diría el eminente poeta Sr. Núñez de Arce, no hay respetos dignos de guardarse.

Apresurémonos, sin embargo, á declarar que no tiene ella la culpa del mal que censuramos, sino el público que lo deja pasar en silencio, y que va á contemplar sus estragos, y á retribuir el daño que se le causa, no en forma de daño ó sea de *silba*, como exigiría la antigua escuela penal, sino en forma de *dinero*, que es, después de todo, y ya que estamos en *terreno naturalista*, lo que se busca. El vulgo necio paga, espléndidamente ó no, que eso no lo sé, pero paga las necedades. De muchas piezas teatrales de las que hablo, sé de buena tinta que se salvaron por ser indecentes, como se venden los libros que llevan la firma de Amancio Peratoner y otros engendros semejantes.

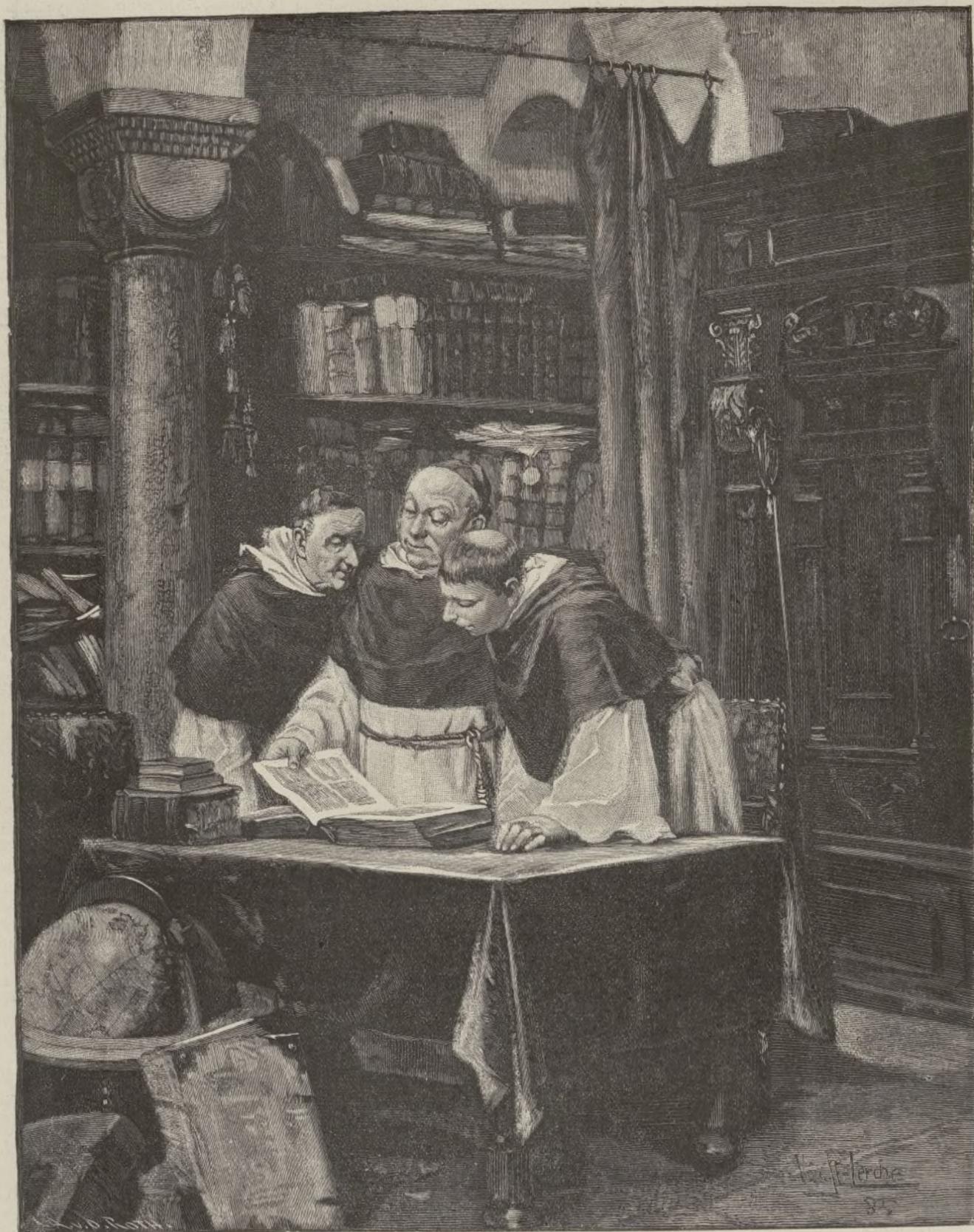
La caricatura política medró bastante y sólo ha desaparecido cuando, visto lo malo que era en sí el género, se prohibieron las representaciones de orden de la autoridad, con buen acuerdo. En la tal caricatura, no obstante las repetidas ediciones que de ella se hicieron, hubo bastante monotonía, y el único mérito, aparte de algunos chistes con que se satirizaba á determinados hombres públicos, señaladamente obligándoles á decir majaderías, cuando en este país es indudablemente mayor el número de majaderías que hacen los hombres públicos que el de las que dice, consistió en el parecido exacto con que ciertos actores remedaron á los jefes y á los individuos más conocidos de los partidos políticos. Muerta la caricatura política teatral, con sus ten-

dencias antisociales, anárquicas y demagógicas, con sus acostumbradas moralejas apologeticas de la conspiración, cualquiera que ella fuese; extinguida tan estúpida farsa, indigna de pueblos civilizados, toda la *dervergüenza naturalista* de algunos autores de obras cómicas se ha refugiado en el género de Amancio Peratoner, que cada día ve aumentar el número de sus discípulos.

Pueden, pues, estar satisfechos los que dijeron que hasta hace pocos años el teatro español era un lugar de aburrimiento y de fastidio, aludiendo, es verdad, no á las piezas que aquí censuramos, sino á las obras de los Sres. Echegaray, Sellés y Cano, las cuales obras habían venido á restaurar nuestras glorias escénicas después del *eclipse* del ingenio español que representan los nombres de García Gutiérrez, Sanz, Vega, Tamayo, Rubí, Eguílaz, Hurtado, Serra, Retes, y por último, Ayala, el autor del *Tanto por ciento*, de *El tejado de vidrio* y de *Consuelo*, en cuyo tiempo, al parecer, como aun no habían escrito los Sres. Cano y Echegaray, el teatro español era un lugar de fastidio y de tristeza. Perdida la manera de escribir de aquéllos y no dando resultado el sistema seguido por los nuevos restauradores, la *musa teatral* se ha ido por las sendas iniciadas en los libros de Zola y en los almanaques cupudinescos.

Urge poner remedio á mal tan grave. Tan grave, repetimos, sin echarla de moralistas ni de Padres de la Iglesia, porque cuando la licencia y la desenvoltura se ofrecen en el teatro en la forma en que ahora las encontramos, tarde ó temprano pasan á las costumbres; el nivel moral, ya harto bajo, desciende y la corrupción se enseorea de todo. Perdido el sentido moral en la esfera privada, es inútil buscarlo en las distintas relaciones sociales que crea la vida de los pueblos modernos, y de etapa en etapa llega á columbrarse el punto en que coinciden la extrema civilización y la completa barbarie.

Pero hay más. Urge remediar el mal que lamentamos principalmente por el deber tutelar que todos estamos obligados á cumplir respecto de criaturas, cuya inocencia es preciso guardar y respetar profundamente. Al teatro va todo el mundo. El teatro no



ANTE UNA BIBLIA DE GUTTENBERG.

(Cuadro de F. Lerche.)

es una clínica, donde puedan exhibirse al desnudo las llagas sociales; ni una cátedra, donde sea lícito decir friamente las cosas por su nombre; ni una tertulia de hombres solos, en que campeen libremente, sin freno ni cortapisa, las gracias y donaires de ingenios desenfadados y maleantes; ni siquiera un libro de agudezas ó de entretenimiento ó una colección de chistes desvergonzados, que cabe apartar previsoramente de manos que no deban andar en ellos; ni mucho menos un cuartel ni un lupanar. En el teatro hay que guardar ciertos respetos y consideraciones.

« Evitemos llevar al teatro á nuestras hijas » — exclama en uno de sus discursos Alejandro Dumas. ¡ Valiente criterio! Dejemos á nuestras hijas en casa, obliguémoslas á que se aburran indefinidamente, para darnos nosotros el gustazo de ir á contemplar, en los modernos dramas y comedias, adulterios y crímenes.

Y cuando ya ni siquiera se defienden los fueros de ese arte que tan amplio espacio necesita para desarrollar sus atrevidas concepciones; cuando no se piensa en graves problemas sociales, económicos ni fisiológicos, y se aspira á lo sumo, á distraer al

público haciéndole celebrar unas cuantas ocurrencias y á alcanzar un número de representaciones bastante á producir para el autor unas cuantas pesetas, no hay derecho para atentar al pudor y á la vergüenza del auditorio ni para ofender oídos castos ó despertar peligrosos gérmenes en almas inocentes, que es precisamente á lo que se da lugar en esa literatura de baja estofa.

Conviene notar que antes se hacía el sacrificio del pudor y de la honestidad general en uno ó dos teatros bien marcados. Hoy el defecto es general y ya es raro el teatro donde no se sacrifica todo á un chiste de más ó menos dudoso gusto. Antes la propaganda de la inmoralidad corría á cargo de autores medianos ó malos, que no veían salida por otra parte. Hoy distinguidos escritores contribuyen á la propaganda del mal, adornándolo ó revistiéndolo con galas que lo convierten en manjar agradable.

Si como se ha dicho que los pueblos tienen el gobierno que merecen, es mayor verdad que los públicos poseen el teatro de que son dignos, pues, al fin y al cabo, en su mano está el rechazarlo negándole protección y recompensa; convenzámonos todos en primer lugar de que es duro trance obligar

á esa clase media que realiza la máxima romana del *vivere honeste*, en la forma más barata posible, á abstenerse de buscar el modo de divertirse con arreglo á ella, concurriendo á las representaciones, diversión la más agradable que se conoce en las sociedades cultas; y en segundo, de que por encima de todas las benevolencias y de todas las tolerancias, y mucho más de aquéllas que se dispensan contra la razón y la justicia, se halla el prestigio del sentido moral, de cuya jurisdicción no debe emanciparse ninguna conciencia, y cuyo enaltecimiento constituye el mayor timbre de la moderna civilización y la principal garantía de todo progreso.

R. GIL OSORIO Y SÁNCHEZ.

RISAS Y LÁGRIMAS

De Pedro y Juan vais á ver
El contraste singular:
Pedro ansioso de gozar;
Juan dispuesto á padecer.

Aquél mira una lección
Y sin fatiga la aprende,
Aunque el sentido no entiende
Que ha de ilustrar su razón.

Éste, tras ruda fatiga,
Aprende; pero no luce,
Y Pedro hablando seduce,
Mientras que á Juan se castiga.

Cuando éste sufre un cachete,
Le llaman necio y cazurro;
Si juegan, Juan es el burro
Y Pedro siempre el jinete.

Así los dos van viviendo
Y su corazón formando:
El uno siempre gozando,
Siempre el otro padeciendo.

En esa edad en que empieza
De la vida la ilusión,
Juan es todo corazón
Y Pedro todo es cabeza.

Distintos en fe los dos,
Aquél reza y oye misa;
Este, con desprecio ó risa,
Blasfema si habla de Dios.

A un mismo tiempo su herencia
Reciben de opuesto modo,
Que uno se lo apropia todo
No siendo suyo en conciencia.

Y el otro, que en sus veladas
Fue un corto caudal ahorrando,
Honra á su padre dejando
Todas sus deudas pagadas;

Pero de su noble afán
Se burla el mundo, que al medro
Sólo atiende, y da á D. Pedro
La estima que niega á Juan.

Con empleo diferente
La suerte les encamina
A ser en una oficina
Uno jefe, otro escribiente.

Y sigue en su historia amarga
Con la nota de cazurro,
Sirviendo siempre de burro
Que lleva á Pedro la carga.

Al dictarse marcial ley,
Por extraordinario caso,
Hace á Juan soldado raso
De su patria y de su rey.

Pedro, burlándola artero,
De la patria es prestamista,
Y en la campaña conquista
Su profesión de banquero.

Vuelve á su patria el soldado,
Y á nadie encuentra que el nombre
Recuerde del pobre hombre,
Casi desnudo y lisiado.

Con una gran cruz, pedida,
Alcanza Pedro excelencia,
Y á Juan se le dá... licencia
Para que limosna pida

Así los dos van viviendo
Con rumbo opuesto marchando,
El ménos digno triunfando
Y el más bueno sucumbiendo.

Mas de su vida al final
Van por camino distinto
Los dos al mismo recinto
De un benéfico hospital.

Conduce á Juan la indignancia,
Que al cabo agota la vida,
Y á Pedro profunda herida
Con que atentó á su existencia;

Pues de la suerte mimado,
Cuando sufrir fué preciso
Por una quiebra, no quiso
Vivir pobre y humillado.

De opuesto modo, los dos
Ven su próxima agonía;
Juan, con la santa alegría
Del hombre que espera en Dios;

Pedro, con terror profundo
Quisiera correr un velo
Que le ocultara del cielo
Al alejarse del mundo.

Mas son livianos antojos
De su muerte delirante,
Pues ve siempre á Dios delante
Por más que cierra los ojos.

También Juan á su Señor
Ve muy próximo sin duda,
Porque su voz le saluda
Con dulces frases de amor.

Y así en la postrera hora
Su diverso fin admira:
Juan, sonríe cuando espira,
Pedro, cuando muere llora.

José HERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ.

LA CREMACIÓN ANTE LA IGLESIA

DEBE permitirse á los fieles que se afilien á las Sociedades establecidas con el objeto de favorecer la cremación, ó que anticipadamente dispongan que se arrojen al fuego sus cadáveres ó los de sus semejantes? La Santa Sede contestó á esta pregunta formulada por algunos Obispos y fieles deseosos de tener norma fija en punto tan capital, con un decreto del Santo Oficio de fecha 19 de Mayo de 1886, diciendo que *no debe tolerarse*. Este documento fué aprobado y confirmado por Su Santidad, quien recomienda que se instruya á los creyentes acerca de un abuso tan detestable (*circa detestabilem abusum corpora cremandi*).

Ya se ve cómo la Iglesia no mira con indiferencia el último destino dado á los cadáveres de sus hijos, según echan á volar los crematófilos, porque desea conservar un cuerpo que mereció, por muchas que fueran sus fragilidades y miserias, el altísimo honor de encerrar un alma á imagen y semejanza del mismo Dios, y desea conservarlo por el mayor tiempo posible sin contravenir la divina sentencia pronunciada contra nuestro primer padre: *Pulvis es, et in pulverem reverteris*. La naturaleza es la que recibió el encargo de destruir nuestros restos mortales, pero no el hombre, que ningún derecho tiene para anticipar esa destrucción; y así como carece de autoridad para quitar una vida que no es suya, del mismo modo debe abstenerse de acelerar la destrucción de un cuerpo que no le pertenece. Nadie podrá hacernos comprender que no sea una gran falta de respeto la que se tiene con un cadáver al echarle en un horno encendido para obtener un *no sé qué*, como dice Bossuet, *sin nombre conocido en ninguna lengua*. Y esta práctica pareció tan inconciliable con los sentimientos cristianos al gran legislador de los franceses, Carlomagno, que en sus capitulares á los Sajones, en 783, la prohibió bajo pena de muerte. "Si alguno — dice — hizo consumir por las llamas y según la costumbre pagana, el cuerpo de un hombre, reduciendo á cenizas sus huesos, será castigado con la muerte."

La incineración moderna lleva en sí los caracteres del ateísmo y del materialismo, lo cual por lo menos no sucedía en la antigua, acompañada de algunos ritos religiosos que disminuían algo el natural horror. Quieren los cremacionistas de hoy, y constantemente ponen á la ciencia en prensa para lograrlo; quieren, decimos, que se les dé un aparato perfeccionado, que en el más breve tiempo posible haga desaparecer el recuerdo de la muerte, para que con él se pierda el de un alma inmortal, y consiguientemente el de una vida futura; recuerdo que permanece perenne con la inhumación, ya que por la parte objetiva que presenta hace que mentalmente se vea siempre el cadáver tal y como la tierra lo recibió; cosa imposible de lograr después que hemos tenido en la mano un frasco con cenizas, último residuo de un cuerpo amado. ¿Produciría por ventura igual efecto moral la vista en el Panteón del Escorial, ó en los Inválidos de París, de los restos mortales de Carlos V y Felipe II, ó de Napoleón I, que el frío examen de tres frascos ó urnas cinerarias con unos gramos de fosfato de cal y otras sales? Claro que no; lo que debe probarnos que no andan equivocados quienes deseando apartar al hombre el recuerdo sobrenatural, le marean y asustan con la insalubridad de los cementerios y las maravillas de la cremación.

Además, tómese nota del motivo que guió al Padre Santo en la condenación citada, expresado en esta enérgica frase: "La cremación es una *práctica detestable*." á la cual añade el P. Dumas, S. J., "Sí, detestable, porque da un tratamiento indigno á los despojos sagrados de los cristianos; detestable, porque ultraja la piedad debida á los mortales restos del hombre; detestable, porque tiende entre los cristianos á la abolición del culto á los muertos." — Si recorremos la historia, hemos de ver que en ninguno de los pueblos que conservaron las costumbres primitivas se conoció la cremación; que Jesucristo fué enterrado; que lo fueron los Apóstoles y los primitivos cristianos, desde cuya fecha emanan los cementerios (llamados así de la palabra griega *Coemeterium*, que significa lugar en donde muchas personas se hallan reunidas para entregarse al sueño), de todo lo cual y en vista de la declaración del Papa San Inocencio I, referente á que excepto en casos de grave necesidad debe conservarse religiosamente cuanto nos legaron los Apóstoles, pues habría escándalo en la abolición, podemos deducir que la Iglesia opondrá siempre á las demandas de los cremacionistas el célebre *Non possumus*.

Por último, no tenemos inconveniente en afirmar que la incineración no niega dogma alguno, ni debe

ser considerada como herética; pero como dice el P. Dumas, S. J., si no destruye la fe, tiende manifestamente á debilitarla; si no es una profesión del error, es un obstáculo á la profesión solemne y manifiesta de la verdad, muy necesaria en ciertas circunstancias para conservar su recuerdo entre los pueblos. Por nuestra parte deseamos que se nos entierre en lugar sagrado, porque la Iglesia, que bautiza y recibe al hombre en este mundo, debe conciliarle el sueño é imponerle la cruz en el sepulcro.

JOAQUÍN DE FONT Y DE BOTER.

MISA PRIMERA

I

Entre el laberinto vario
de la sombría floresta,
levanta la frente enhiesta
el sonoro campanario.
Y apenas con su sonrisa
la aurora el valle engalana,
el toque de la campana
llama á las gentes á misa,
y por cuevas y por llanos,
de fe y de modestia ejemplo,
dirigense al santo templo
niños y mozos y ancianos.
En vez de ricos joyeles,
ornan el altar sencillo
rosas y albahaca y tomillo
y azucenas y claveles,
y si la pobreza veda
al templo órgano sonoro,
le suplen cantando á coro
las aves en la arboleda.

II

Ya de oír la misa santa
sale el pueblo en tropel vario,
y gozoso el campanario
un himno al Señor levanta;
y llenos de dulce gozo,
por la vega y el collado
tornan al hogar amado
el niño, el anciano, el mozo,
y de las cumbres lejanas
vertiendo el sol luz á mares,
parece unir sus cantares
al himno de las campanas.
También yo á estos infinitos
«hosanas» uno mi acento,
que abrasado en fe me siento
en estos campos benditos!

ANTONIO DE TRUEBA.

MISIONES DE LAS CAROLINAS

Un ilustre Prelado, el Sr. Obispo de Palma, ha recibido la siguiente carta del Rdo. P. Provincial de los Capuchinos, que con gusto insertamos.

Dice así la carta:

"Hace nueve meses que, para corresponder á las miras del Gobierno de S. M. y sobre todo de nuestro Santísimo Padre el Papa León XIII, al confiar á nuestro cuidado las Carolinas y Palaos, emprendí un viaje tan largo como peligroso, con el solo y exclusivo objeto de establecer por mí mismo aquellas Misiones, conocer las necesidades y costumbres de los naturales y los medios para remediarlas. Terminada mi expedición, regresé á España, donde, gracias á Dios, he llegado con felicidad.

"Ahora me es grato comunicarle algunas noticias de aquellas santas Misiones para edificación y consuelo de V. S. I.

"El día 4 de Febrero salí de Manila para la isla de Ascensión, llevando conmigo los Misioneros de la región oriental que continuaban en Filipinas por no haber salido ningún buque de nuestra armada para conducirlos á su destino.

"Al llegar á la costa de la isla de Marinduque recogimos ocho naufragos que hacía dos días luchaban con la muerte. ¡Pobrecitos!

"Varias escalas hicimos durante el viaje; pero la más interesante para nosotros fué la de la isla de Yap, donde tuvimos el gozo de abrazar á nuestros Misioneros que empezaban á recoger los primeros frutos de sus apostólicos trabajos.

» ¡Y qué trabajos, Ilmo. Sr.! Cuando saltaron á tierra se hallaron los pobrecitos sin tener donde meterse, y esto en la época de las lluvias, que allí son torrenciales. Así es que mientras hacían una choza vivían á la intemperie, sin tener más cama que la arena, ni más techo que el paraguas. Pero á pesar de estos trabajos, estaban ellos tan contentos y consolados por haber bautizado algunos niños, que no cambiarían su situación por la del monarca más poderoso de la tierra.

» Desde la isla de Yap pasamos á la Ascensión á fundar en ella la Misión Central de las Carolinas Orientales. Los primeros días nos pasó, poco más ó menos, como á las Misiones de Yap; pero como llevábamos preparados algunos materiales logramos tener hecha nuestra casa y una capillita donde celebramos los Oficios de Semana Santa con grande admiración de los naturales que no sabían darse cuenta de lo que veían, y nosotros aprovechábamos estas ocasiones para iniciarlos en los misterios de nuestra Santa Fe Católica.

» En esta isla y en la de Gualan hay establecidas hace algunos años Misiones protestantes de los Estados Unidos, cuyos ministros no han enseñado á los naturales más que lo malo del protestantismo. Su objeto parece más bien comercial que religioso, pues tienen un barco que les trae chucherías para los indios y vuelve cargado con los productos del país. Si alguno no quiere comerciar con ellos, en nombre del Evangelio les ponen grilletas, los azotan y los tratan con toda la tolerancia que los protestantes acostumbran. Por esto me parece fácil atraer á los naturales, aunque no tanto como los de las demás islas donde los protestantes no han llegado.

» Nuestros Misioneros trabajan con mucha actividad, unos catequizando á los carolinos, otros enseñándolos á leer ó á trabajar la tierra, y otros escribiendo la gramática de aquella lengua. Antes de salir de allí tuve el consuelo de bautizar varios niños en ambas zonas y de casar en Yap á dos naturales del país.

» Los carolinos son bien parecidos, muy dóciles, muy amables y deseosos de aprender. Jamás se han cuidado del día de mañana. Como la tierra les da sobrado para mantenerse sin trabajar, y no gastan otro traje que aquel con que nacieron, no tienen que preocuparse para lo futuro. Sin embargo, les gusta vestirse, y cuando los Misioneros les dan alguna ropa, creen que han conseguido un tesoro, sobre todo si es colorada. De este medio se valen los PP. para atraerlos y catequizarlos.

» Por este motivo me atrevo á suplicar á V. S. I. que recomiende á la caridad de los fieles de su amada Diócesis en su *Boletín Eclesiástico* y dispense su protección á las Misiones de Carolinas y á estos nuestros Colegios, que están dando, por la misericordia de Dios, Misioneros verdaderamente apostólicos y llenos del espíritu de Dios. Si para sostenerlos me da V. S. I. una piedra, tendrá una recompensa; si me da dos, tendrá dos; y si mil, etc., mil recompensas. Mucho espero de V. S. I., á quien hago participante de los trabajos y sacrificios que nos cuestan unas Misiones en las cuales se hallan mancomunados los intereses de la Religión y de la Patria.

» Con este motivo y suplicándole me ayude á dar gracias al Señor por los innumerables beneficios que nos ha concedido en tiempo de prueba y peligros consiguientes á tan importante empresa, me ofrezco de V. S. I. humilde hijo, que pide su bendición y b. s. a. *Fr. Joaquín de Llevaneras*, Prov. Cap.»

UNA HORMIGUITA DE ORO



ENCERRADO en lo más feraz de la provincia de Valencia está el pueblo de Tabernes de Valldigna, antes rico y ahora pobre desde la crisis arrocera: contiene 7.000 almas y se compone de alguna casa buena y de muchas de pobres jornaleros.

Su forma estrecha y prolongada dificulta la comunicación entre sus vecinos, pues sabido se está que cuanto más chico es el lugar más se agrandan las distancias. Esto, que parece paradójico, no es sino la más sencilla verdad; en las grandes poblaciones no asustan las distancias, y cada cual cumple sus obligaciones sin pararse á contar los pasos que ha de costarle; pero en los lugares y aldehuelas no se puede pasar la esquina de la calle sin grandes perjuicios para las quimeras domésticas de cada hijo de vecino.

Tabernes toca tristemente esta dificultad, pues sólo cuenta con una iglesia en un extremo; así es que la última mitad suele no cumplir uno de los

primeros preceptos de la Iglesia Católica. Algo perezosos andan también en los Santos Sacramentos de la Penitencia y Eucaristía en este extremo del pueblo, haciendo con ese retraimiento infructuosos los esfuerzos del celoso Sr. Cura. Acortando la distancia quizá esas pobres almas, que hoy sufren desaliento y tibieza, se acercarian á Dios con mayor frecuencia. Esta luminosa idea surgió en el corazón de una señora sencilla y humilde, pero llena de esa fe evangélica que transporta los montes y detiene las corrientes.

Ella misma lo escribe de esta manera:

«Tuve ocasión de observar en este pueblo, antes desconocido para mí, que centenares de almas estaban retraídas y como olvidadas de la distante iglesia.

Entré en una casita del barrio más pobre, y salí al punto dolorida y lastimada de oír á un niño de corta edad hablar las palabras más soeces. En mi pena invoqué en favor de aquellos desdichados la protección de mi Santo Patriarca San José. A punto dió un vuelco el corazón y recordé los asilos y las iglesias que existen en Valencia, y dije para mí: «Aquí falta un asilo, falta una iglesia.» La única existente está muy distante, casi no se oyen las campanas, ocurre que algunas pobres devotas creen oír tocar el alba y llegan á la iglesia á media noche, teniendo que esperar á la puerta hasta que amanezca, hora en que se celebra la primera Misa. Para repetir semejante sacrificio gente que pasa el día trabajando y cuyo descanso representa parte del trabajo del siguiente día se necesita mucho amor, salud, voluntad y muchas condiciones que no todos alcanzan.

«Aquí falta un asilo... falta una iglesia... pero ¿quién soy, si quiera para iniciar el pensamiento? Una pobre infeliz que cuenta apenas con poco más de lo necesario para el sustento. Pero no importa: Dios todo lo puede, y su generosidad iguala á la de quien le pide como nos enseña el Santo Evangelio. Quiero ser generosa: voy á pedir mucho; pida usted conmigo; Santo Patriarca, pida vos conmigo también y alcanzados de Jesús su Divina protección: vuestra será la iglesia, vuestro será el asilo. Acoged bajo vuestro patrocinio á los pobrecitos párvulos, á los pobrecitos huérfanos. ¡Pidamos á Jesucristo una iglesia, asilo de las almas cristianas, donde la pila bautismal recuerde á sus feligreses que son hijos de Dios, que tienen un alma y que han de dar cuenta de ella en su día delante del que por amor á las criaturas dejó la morada celestial de su Padre para abrazarse á la cruz en casa del pobre carpintero de Nazaret!

Lo repito, mi buena amiga; pida usted al Señor, á fin de que lo que hoy es un pensamiento, un deseo de mi corazón, sea un hecho, una realidad, un milagro de la Divina Providencia, para gloria del Señor.»

Así se expresaba esta señora, y como Dios no desampara á quien de corazón le pide, oyó á la dama y ésta halló eco en el corazón del Sr. Cura del pueblo, quien de sus mezquinos ahorros compró un campo en lugar conveniente, poniendo así la primera piedra en la casa del Señor. Las gentes incrédulas, cuando se esparció la noticia, tuvieron por locos á los autores.

«Una señora con escaso haber! ¡Un Cura ya tan pobre casi como los futuros asilados!

Así discurrían los incrédulos; pero aquellos obreros de la Providencia, el buen Cura y la hormiguita de oro no desmayan, y su fe hace su camino. Ya han formado con otras personas respetable junta; ya se inicia una suscripción. La hormiguita alquila á buen precio su casa propia de Valencia para residir en otra más pobre, reduce sus gastos y dedica la diferencia á tan buena idea; invoca la caridad de sus amigas y del vecindario, comienza á formarse un fondo y á poco empiezan á trabajar en la obra.

Un año más tarde escribía la citada señora:

«Agradecida quedo á la venta de billetes de la última rifa en favor de la Iglesia, y más que yo seguramente San José. Dios las colme de bendiciones y á los de la ciudad, por sus limosnas. Con ese dinero se han comprado cuatro mil ladrillos.

El pueblo está entusiasmado, va saliendo de su indiferencia y tibieza, va comprendiendo que sus hijos necesitan escuela, que los huérfanos deben tener asilo, que sus almas cobrarán vida con la nueva iglesia.

Dice usted muy bien: este pueblo antes era rico; pero malos tiempos y la crisis arrocera lo sumen en la pobreza; ni los propietarios venden sus cosechas, ni los braceros tienen trabajo. Ayer mismo se lamentaba una señora de tener los graneros llenos y no poderlos ayudar en la fundación á medida de sus deseos.»

Unos meses más tarde otra carta traía más deta-

Ayuntamiento de Madrid

lles; se aumentan y suceden las rifas; las cuestaciones, los sacrificios se multiplican. En las obras da ejemplo el Sr. Cura trabajando como el último peón; los días festivos trabajan gratuitamente todos los jornaleros y otras muchas gentes del pueblo. Las mujeres y los niños se disputan el honor de ser útiles en la empresa; unos acarrear agua, otros piedra, quién transporta material, quién conduce herramientas ó presta su borriquito.

En el monte, para horadar las peñas, se necesita agua; pues allá van los zagalones sudando la gota gorda á subir cantaritos, y pronto los barrenos hacen su oficio, y tras la explosión se desgajan las rocas y los montes sacuden sus entrañas.

«¡Milagro! — gritan en lo alto. — Al saltar un peñón brota una fuentecita en aquel erial, y todos la bautizan con el nombre de Fuente de San José.

Se ha reproducido calladamente en aquel pobre rinconcito del mundo el milagro de Moisés.

Continúan los esfuerzos del vecindario; la hormiguita inventa mil nuevas industrias; infatigable en su trabajo, estrecha tanto su vida, que comienza á ser un problema para nosotros su subsistencia, y al llevar su limosna repite sin duda: «El granito de arena forma montón.»

Al consignar estas noticias, que de tercera persona recibimos, nos asalta un remordimiento, esto es, que damos á la publicidad, sin permiso de los héroes de tanta caridad, la historia de su noble fundación. Cuando esto leyeren, perdónennos en gracia de que sólo el deseo de excitar la caridad de las personas generosas nos anima á ello, y que no hemos podido suprimir del cuadro que intentamos trazar las figuras principales, porque son el alma y la vida, como son real y verdaderamente los fundadores.

Nuevas correspondencias relatan una terrible tempestad; la montaña, quebrantada por los barrenos, ha sufrido una convulsión, y desgajándose en pedruzcos, se traslada por su propio esfuerzo al campo de la señora aquella que no podía vender sus cosechas para ayudar á la piadosa obra, y la cual rechaza ventajosas proposiciones de varios constructores para regalar al asilo-iglesia los deseados materiales.

¿No es esto prodigioso? El Señor quiere ahorrar trabajo á sus fieles, y para ello fertiliza el erial, haciendo aparecer las aguas, y desmenuza la montaña metiéndola en casa generosa para levantar la iglesia-asilo del Santo Patriarca.

Pasa el tiempo, prosiguen los trabajos y sacrificios y la dama iniciadora escribe:

«Las obras, amada amiga, marchan magníficamente. Ya están haciendo los arcos de las capillas ó altares laterales, que son seis; en seguida seguirá la cornisa, corriendo como anillo que une la obra; sobre ésta debía comenzar la bóveda para cubrirla; pero se agotan los recursos, y es preciso hacer un gran esfuerzo: es preciso pedir al Señor que mueva los corazones generosos para dejar á cubierto de las aguas de invierno esta obra hecha á costa de tantos sacrificios, y sacrificios de pobres.

Hoy domingo trabajan gratis y espontáneamente más de cien jornaleros; verdad es que el Sr. Cura y sus vicarios dan el ejemplo; uno pica piedra, otro acarrea agua, aquél transporta maderas; todos tostados por el sol, cubiertos de yeso, con las manos encallecidas... Digo á usted que hay para alabar á Dios.

A los pobres fabricantes hemos tenido que adelantarnos dinero para que puedan hacer ladrillos. Los madereros, como son ricos, con la fianza de los sacerdotes y de la Junta nos la dan fiada, y con ello adelantamos mucho.

Trabaje usted, amiga mía, trabajen todas sus amigas; la obra es de Dios: no teman sea mezquina la suscripción; aquí la tenemos desde cuatro reales mensuales hasta cinco céntimos, y éstos sin duda son muy gratos al Señor, porque los quitan de su alimento. ¡Qué ejemplo nos dan estos pobres!»

Realmente este sencillo relato conmueve y encanta; lo que falta en él de arte sobra de ternura en la realidad, capaz de ablandar las piedras... En nombre de Dios, lector amigo, y á la mayor gloria de San José, te ruego te dejes llevar de los impulsos de la caridad en favor de la iglesia-asilo de Tabernes de Valldigna, provincia de Valencia, y acudas á depositar una limosna en Madrid en la administración de *La Epoca*, en *La Granja*, en el *Candilón* del bueno y amable Carlos, y en Valencia en casa del librero Badal.

El Señor, en recompensa, enviará sobre tí sus bendiciones.

Madrid Septiembre de 1887.

JUAN DE DIOS.

EN EL HOSPITAL LAICO



Como edificio es enorme y muy hermoso, pero á costa de fabulosas sumas, alegrando la vista de los papanatas al considerar la proporción en que contribuyen ellos á la asistencia pública, que consideran como un sencillo fenómeno de maternal cuidado del Estado, y no habría más que pedir si el interior corriera parejas con las hermosas apariencias del exterior. Pero he aquí que aquél es menos brillante que éste, y tal reverso de la medalla solamente es conocido de aquellos á quienes su mala estrella conduce á esos santuarios de la *fraternidad* y la *filantropía*.

Y haremos de paso una sencilla reflexión. ¿En qué consiste que un país que tan enorme importancia da á las palabras, y que tiene un ayuntamiento cuya rara manía consiste en mudarles el nombre á las calles por cualquier cosa, conserve sobre la fachada de los hospicios palabras tan humillantes para los pobres diablos, que en busca de cuidados van á ellos, como las de caridad y piedad?

Continuemos en nuestra visita.

En cada sala hay veinte camas, y capacidad suficiente para contener aire bastante para otros tantos enfermos; punto este que, administrativamente regulado por un sínfin de comisiones y subcomisiones de higiene, nada deja que desear. Solamente que en medio del dormitorio, y en los ángulos vacíos, hay siempre unos quince catres (llamados, no se sabe por qué, camillas), lo cual cambia terriblemente la tesis.

Desde que se entra ataca la garganta y las narices un olor acre y fétido, ácido, por decirlo así, del que se impregna el visitante, que ya no puede echárselo de encima.

Tocando las ropas de cama despréndese de ellas un polvillo blanco y hediondo, proveniente, á lo que parece, del tratamiento del lienzo por el cloro, que es el sistema adoptado para la limpieza.

Las sábanas, que bastante á menudo se cambian, están lo mismo que las camisas, probablemente limpias, ó por lo menos, aproximadamente; pero, no obstante, unas y otras se hallan cubiertas de manchas, á menudo espesas, de cuya fricción no es raro que se obtenga algún residuo.

Se sirve en el mismo plato, desde luego la sopa, después, y todo mezclado, la carne (los viernes por la tarde pescados) y las legumbres, sucediendo con frecuencia hallarse juntos en una misma tartera raya y arroz con leche. Ni más ni menos.

Es la regla. Si alguno halla ocasión de hacerse con un plato propio, la celadora chilla, se niega á darle nada y le arma un escándalo gritando: « ¡Aquí todo el mundo es igual; no hay nadie que sea más que otro! »

Para tomar, dos veces al día, la temperatura de los que tienen fiebre, se coloca sobre sus riñones un termómetro que pasa inmediatamente de uno á otro sin transición alguna. ¡Tan sencillo como sería colocarle en los sobacos! Verdaderamente; pero esto no sería tan molesto.

Detalle precioso: cada frasquito de drogas lleva una etiqueta que dice: *República francesa; libertad, igualdad, fraternidad!!!*

El capellán pasa una vez cada semana por la sala; pero no tiene derecho á detenerse si no lo llaman.

Como á nadie se dan zapatos, los enfermos que experimentan la necesidad de recogerse en un rincón especial — bien conservado, por cierto — van descalzos; y hay que ver el estado de suciedad nunca vista en que se hallan aquellas extremidades que ostentan. ¿Creeréis acaso que se les indica el sitio donde podrán lavarse? Nunca en la vida.

Sin embargo, hay un lavabo, no del todo mal colocado, y para enjugarse un trapo colgado en un rincón.

A los que no pueden levantarse les lleva el agua en un barreño algún vecino más fuerte, lo cual — téngase bien presente — se paga al igual que las menores complacencias, siendo menester ser verdaderamente pródigo para hallar un trozo de rodilla que no esté podrida con exceso.

A aquéllos no les da el criado más que un trapo el jueves y otro el domingo, que son los días en que se permiten las visitas de las familias, y los únicos en que uno puede desengrasarse; de modo que á uno le devoran las chinches, pero al personal de la casa le parece esto muy natural.

A las cinco hacen de cualquier manera las camas, empezando luego el barrido y la polvareda hasta las siete, y entonces se abren las ventanas; pero como las puertas no se cierran casi nunca, se establecen corrientes de aire horriblemente peligrosas.

Mas durante la visita del médico todo está bien cerrado, y si por casualidad se entreabre apenas una puerta, precipítase el criado, andando de puntillas, á cerrarla cuidadosamente... Aun no ha vuelto la espalda el doctor, cuando empieza de nuevo la fiestecilla.

No es fácil que á las tres de la madrugada se tenga sed; así, pues, quitan la tisana y la leche, que se convierte en hermoso artículo de comercio en manos del vigilante, á quien no se ve á ninguna otra hora y que se levanta á aquella de dormir en un sillón; recoge automáticamente los cacharros, y reaparece poco después vendiendo leche. Sé de uno, por lo menos, que estaba siempre borracho y acababa de ser despedido, que traficaba con la leche que los tísicos habían dejado en sus colodras.

Hé aquí un hecho que pone el colmo á todos y al que es imposible hallar equivalente en ningún establecimiento análogo.

Un enfermo necesita indispensablemente para un asunto de la mayor gravedad enviar cuatro líneas á su familia y es tarde ya para el correo. Es cuestión de buscar un mandadero á veinte pasos frente á la verja y entregarle la carta; ¡pero el director se opone porque lo prohíbe el reglamento! Furioso el enfermo, se levanta, baja medio desnudo y aterido por un viento glacial, halla alguien á quien hace el encargo mediante una buena propina, y vuelve á subir, aniquilado y habiendo ganado todos los elementos para una pulmonía.

Si no me fuera limitado el espacio, me quedarían todavía lindas cosas que contar acerca del descuido en hacer constar los fallecimientos, y la forma en que son conducidos los cadáveres, á todos los cuales se hace la autopsia, aun cuando se pague por evitar esta ceremonia; acerca de los fingidos enfermos que se hacen admitir, llegando cubiertos de harapos, ayudan á los criados, permanecen algún tiempo en el establecimiento y salen de él bien apañados, para volver á empezar en otro hospital; acerca, en fin, del modo de entender el servicio, la organización, sueldo, disputas y perpetuas quejas á la Dirección por parte de los empleados. Pero no hay medio de hacerlo y es lástima.

DOCUMENTOS PONTIFICIOS

DECRETO DE SU SANTIDAD SOBRE NECESIDAD DE INSCRIPCIÓN EN LAS COFRADÍAS DEL CARMEN PARA GOZAR LAS INDULGENCIAS DEL ESCAPULARIO.

El Sumo Pontífice León XIII, gloriosamente reinante, en 27 de Abril del corriente año, confirmando algunos decretos de la Sagrada Congregación de Indulgencias de 26 de Marzo anterior, ha revocado el indulto concedido por Gregorio XVI en 30 de Abril de 1838, y ha declarado así nuevamente *obligatoria*, como condición *esencial* para lucrar las santas indulgencias y privilegios anexos al sagrado escapulario, ó sea al hábito de la Santísima Virgen del Carmen, que los nombres de los fieles que le reciban (ó á los cuales sea impuesto) sean *realmente inscritos en el libro de los cofrades* que habrá de haber en cada punto en donde canónicamente se halle establecida la Cofradía del Carmen, y que en donde no se hallare ésta erigida, sean sus nombres enviados para inscribirse en el libro de la más próxima Hermandad, convento de religiosos ó monasterio de monjas de nuestro sacratísimo Orden.

UN NUEVO INSTITUTO RELIGIOSO ESPAÑOL

Sagrada Congregación de Obispos y Regulares.

DECRETO

« Entre las muchas asociaciones piadosas de Hermanas que, como delicadísimas flores de colores varios, adornan la Iglesia católica, sin duda debe contarse aquella institución que apareció en la villa de Madrid en el año 1877, con el título de *Hermanas de las Esclavas del Santísimo Corazón de Jesús*; además de su propia santificación, que, para conseguirla, hacen los tres acostumbrados votos simples de *pobreza, castidad y obediencia*, se proponen principalmente que, por el culto especial hacia el divinisimo Sacramento de la Eucaristía, deseen con todas sus fuerzas reparar las injurias inferidas por los ímpios al Sacratísimo Corazón de Jesús. Además educan religiosa y civilmente á las niñas, con preferencia pobres; y reciben también en estas casas á las mujeres para que practiquen ejercicios espirituales.

« El objeto ó fin de esta piadosa Asociación ha

sido muy alabado y recomendado por la Sede Apostólica, según decreto de esta Sagrada Congregación de Obispos y Regulares del día 24 de Enero de 1886, con encargo de redactar las Constituciones y de someterlas al examen de la Sagrada Congregación. Cumpliendo con gran esmero tales instrucciones la Superiora de la casa establecida en Madrid, cuidó de que las redactadas Constituciones, juntamente con las letras de los Ordinarios de los sitios en los cuales dicha Asociación tiene establecimientos, fuesen presentadas, suplicando con instancia á Nuestro Santísimo Padre León XIII á fin de que se dignase aprobarlas. Todo lo cual discretamente examinado se elevó al superior conocimiento de Nuestro Santísimo Padre en la audiencia habida el día 28 de Enero de 1887 por el infrascrito Sr. Excmo. y Reverendísimo Secretario de esta Congregación.

« Y así, Su Santidad, previas las citadas Letras comendaticias de los Prelados de los lugares en los que hay casas de la mencionada institución, y pesada con madurez toda la razón del asunto, se ha dignado aprobar y confirmar benignamente la susodicha Asociación piadosa como Congregación de votos simples bajo el regimen de la directora general y salva la jurisdicción de los Ordinarios, al tenor de los sagrados Cánones y de las Constituciones que hayan de aplicarse, como se aprueba y se confirma según el espíritu del presente decreto, prorrogada hasta los siete años la aprobación de las Constituciones, acerca de las cuales entre tanto se ordenó que se comuniquen varias observaciones con el objeto de que las mismas Constituciones corregidas con arreglo á las dichas advertencias, una vez transcurrido el tiempo prefijado y conveniente de la prueba, como es costumbre, sean de nuevo sometidas al estudio de la Sagrada Congregación para que con seguridad puedan aprobarse.

« Continúen, pues, las susodichas Hermanas odiando el mal, consagrándose al bien, amándose mutuamente con caridad fraternal, sirviendo á Dios, alegrándose en la esperanza, sufriendo la tribulación, dedicándose á la oración para procurar su propia santificación y la de los demás, esforzándose á seguir con fervor creciente las indicaciones de los Ordinarios y que se apliquen más y más para ver de conseguir el fin que se proponen, y de este modo, regocijándose en el dulcísimo Corazón de Jesús, merezcan recibir la corona de la vida.

« Dado en Roma, de la Secretaría de la referida Sagrada Congregación de Obispos y Regulares, del 29 de Enero de 1887. — F. CARDENAL MASOTTI *Prefecto*. — Hay un sello. — F. Alonso, Obispo Callicenci, *Secretario*. »

JUBILEO SACERDOTAL

DE SU SANTIDAD LEÓN XIII

El Colegio de Misiones Franciscanas de Santiago, deseando estar representado de un modo especial en los obsequios de filial amor que el mundo católico tributa al Vicario del Señor en su Jubileo Sacerdotal, envía con este objeto á Su Santidad un relicario de ébano y nácar, de cuya descripción, hecha por D. B. Barreiro en un diario de esta localidad, tomamos los siguientes párrafos:

« *Aspecto general.* — Un templete, ornato del renacimiento, color de ébano y mármol verde oscuro, donde resaltan el altar central de nácar, varios adornos de lo mismo, inscripciones en tablas de marfil y trofeos de palisandro. Dimensiones, 0,97 metros de alto por 0,64 de ancho. Estas medidas, un tanto desproporcionadas, están en relación muy favorable con el Relicario de nácar que tiene 0,40 de altura por 0,31; y como dicho Relicario fué construido en Belén por artistas árabes italianos, y el templete que lo resguarda, en Compostela, por el ebanista Sr. Anido, se notan los esfuerzos que ha hecho éste para combinar la obra general en unas proporciones especiales, con relación al gusto europeo.

« Como la obra resulta de dos autores, el uno oriental y el otro gallego, fuerza es que tratemos de cada uno de sus trabajos, separadamente, con toda imparcialidad é independencia.

LEGNO DI GETSEMANI

FECE SALOMON ROCO È FIGLIO GIOVANNI.

IN BHETLEMME

A. D. 1881.

« Tal es la inscripción grabada en la madera del huerto santo, que forma el respaldo al Relicario de nácar.

« Roco y su hijo son verdaderos artistas; y su obra la hemos visto figurar en el museo de nuestra

Sociedad Económica en la última exposición del año santo, entre otros valiosísimos objetos procedentes del curioso museo del Colegio de misioneros de esta ciudad.

» El Relicario de nácar, cuyas dimensiones generales quedan expuestas, consta de dos partes: una faja ó cuadro de 0,16 metros, y de un altar ó tabernáculo rebajado en el centro de 0,22 por 0,15. La faja consta de otros dos: una orla moldura de dos centímetros de ancho, por donde corre un gracioso y delicado tallo de vid con multitud de racimos colgantes, y un friso historiado con diez y seis escenas de la vida de Jesús y de la Virgen, esculturas de miniatura en el nácar, que contienen más de cien figuritas dentro de arcos de festón, estilo renacimiento. Los ángeles extienden sobre estos arcos cintas ondulantes, donde se ven escritos los asuntos de las escenas, que son, comenzando por el centro de la parte superior, los siguientes:

1. La Concepción. — 2. La Natividad. — 3. La Presentación. — 4. Los Desposorios. — 5. La Anunciación. — 6. La Visitación. — 7. La Circuncisión del Señor. — 8. La Purificación de la Virgen. — 9. La huida á Egipto. — 10. La Santa Infancia de Jesús. — 11. La degollación de los inocentes. — 12. La Sagrada Familia en Nazareth. — 13. Jesús en el Templo. — 14. Las bodas de Canaan. — 15. El Bautismo en el Jordán. — 16. La Resurrección.

» Tanto la composición y dibujo de estos pasajes como la ejecución de los relieves en el nácar son de notarse, y en figuras y rostros que cuentan sólo milímetros, hay actitudes y expresiones admirables.

» Un calado encaje del mismo nácar rebaja como dos centímetros y rodea el fondo del cuadro, en cuyo centro destaca el altar, de gran relieve en su frente y profundidad vistosa en el camarín, que representa el portal de Belén.

» Constituyen este tabernáculo, flanqueando el citado camarín, dos grupos de á tres columnas con fustes retorcidos, más salientes las centrales de cada lado, y sustentadas por pedestales con cabezas de serafines. Los capiteles son de hojas bien talladas. Los entablamentos elegantes ostentan también en sus frisos cabezas de serafines y un grupo de éstas forma la clave de los dos arcos abocinados, en cuyos arranques y sobre las cornisas se sientan dos ángeles sin atributos.

» En los entrearcos hay preciosa y calada ornamentación de flores, y en relieve dos ángeles con trompetas. Dentro de la hornacina ó camarín, de gran fondo, hay hasta diez esculturas: San José, la Virgen, el Niño, los tres reyes magos, cuatro pastores y dos corderitos. En el fondo luce la estrella de Belén. Bambalinas y borlas penden del arco, y pueblan los aires grupos de ángeles, que cantan *Gloria in excelsis Deo* y tañen instrumentos varios.

» En el filigranado triso de este altar y debajo de la hornacina se ven dos de las Reliquias. Son del pesebre donde nació Jesús y de su Santo Sepulcro.

» Tal es la obra notable de los artistas Roco de Belén, incrustada por D. Urbano Anido, artista de Compostela, en un nuevo retablo de ébano, mármol y marfil, con dedicatorias á Su Santidad León XIII.

» La nueva obra está perfectamente combinada con la anterior: forma en derredor de ésta un cuerpo arquitectónico del mismo estilo del renacimiento flanqueado por dos columnas de hermosos capiteles, con pedestales de hojas envueltas y ornamentadas, que terminan en remates colgantes. Los altos entablamentos se cubren también con hojas. Sobre la sencilla moldura de la cornisa termina el edificio con una banqueta, donde descansan, como elegantes pináculos, y por todo remate el escudo de las armas Pontificias, en el centro, y los de España y Colegio de misioneros de Compostela á ambos lados. Estos escudos acróteras son de palisandro.

» La faja que corre entre las columnas y el recuadro de molduras es de hermoso mármol verde oscuro. El recuadro es, como todo el retablo, de ébano, sin otro brillo ni barniz que el propio pulimento, pero haciendo juego con el Relicario tiene incrustaciones de guirnaldas y floroncillos de nácar, ejecutadas en los talleres del Sr. Anido.

» En la parte superior bajo la cornisa, y en una chapa de marfil incrustada en elegante cartela, se lee la siguiente inscripción:

LEONI. XIII. PONT. MAX.
FAUSTISSIMO. RECURRENTE. SUI. SACERDOTI
L. ANNO.

» En la parte inferior, en otra cartela, cuyo ador-

no sirve de remate á la composición arquitectónica, se lee en otra pieza de marfil:

COLLEGIUM. MISSIONUM. ORDINIS. MINORUM.
OBSERVANTIUM.
PRO. TERRA. SANCTA. ET. MARROCHIO
COMPOSTELLE. IN. HISPANIA. SITUM.
D. O. C.

» Estas inscripciones fueron ejecutadas por el grabador D. Enrique Máyer, también de Compostela.

» Al terminar esta descripción cumplenos felicitar de todas veras, y una vez más, al conocido artista de Santiago D. Urbano Anido, por el gusto, severidad y sencillez de la composición de este retablo, y la limpieza y esmero de su trabajo, que esperamos haya de ocupar un lugar muy digno entre las cosas de arte que se presenten en el Museo del Vaticano.

(De El Eco Franciscano.)

Del Mensaje que dirigen al Romano Pontífice los Obispos de Venecia extractamos los siguientes importantísimos párrafos:

« Santísimo Padre: Aunque nuestra plena adhesión á las órdenes, disposiciones y deseos de Aquel que preside el gobierno de la Iglesia católica os sea bastante conocida, ya por vuestras declaraciones explícitas, ya por las pruebas positivas que, según nuestro estricto deber, os hemos dado en muchas ocasiones, sin embargo, la marcha de los sucesos, las esperanzas mal fundadas de una conciliación incondicional, que fueron los primeros en adelantar los liberales, y los argumentos sin lógica que de esto se han seguido, como también la necesidad permanente de hacer ver á los pueblos que todos los Pastores no tienen más que un corazón y una sola alma con Vos, en todo lo que concierne al bien de la Iglesia y de las almas, nos lleva á renovar la expresión espontánea y profunda de nuestra adhesión á todo lo que en vuestra elevada sabiduría juzguéis necesario para gobierno del rebaño de Jesucristo.

» En los diez años, que pronto se van á cumplir, de Vuestro glorioso Pontificado, habéis reclamado con frecuencia, Santísimo Padre, por la necesidad misma de Vuestro eminente ministerio, la independencia, la libertad y los derechos que han sido usurpados por la revolución triunfante y cada día más amenazadora...

» A estas reclamaciones nos adherimos humildemente y de todo corazón, reconociendo por la evidencia de los hechos y por vuestra augusta palabra la absoluta necesidad para la Iglesia de que á su Jefe Supremo, el Obispo de Roma, se le restituya su dominio sobre un territorio real, á cuya conservación vuestra Santidad se ve obligado, como vuestros predecesores, á fin de poner en salvaguardia la independencia del Poder espiritual, y entre otros motivos para mantener inviolables juramentos.

» Nos llena de alegría el corazón, Santísimo Padre, al ver que al acercarse el Jubileo de vuestra Ordenación Sacerdotal el mundo entero se llena de entusiasmo, cosa que no podría uno esperar en medio de la perversidad de los tiempos actuales. Este grande hecho, que atestigua la fe y la adhesión de los pueblos á la Sede Apostólica y el respeto filial á vuestra augusta Persona, es un luminoso argumento para probar que el mundo está con Vos, que aprueba lo que Vos aprobáis y reclama para el bien de la Iglesia todo lo que su Jefe, el Vicario de Jesucristo, reclama en su elevada sabiduría y previsión.

» Gloria á Dios que para corroborar la fe entre los pueblos, demuestra espléndidamente la vitalidad de la Iglesia Católica en el momento mismo en que adversos poderes se esfuerzan por abatirla y presentarla como desesperada y envilecida.

» No es menor la alegría de nuestro corazón por el glorioso triunfo que Dios le ha reservado, y dispuestos á dar nuestra sangre y nuestra vida por la causa de Cristo y de su Vicario en la tierra, esperamos que Dios oirá vuestros deseos y los de toda la Iglesia, para que triunfe la religión en bien de la sociedad y la salvación de los pueblos. Prosternados ante Vos, imploramos para nosotros y para las almas que nos han sido confiadas la bendición apostólica.

EL ARTE RELIGIOSO

(Continuación.)

D. MANUEL TOVAR Y CONDE, discípulo de la Escuela de Bellas Artes de Sevilla. En las Exposiciones públicas verificadas en dicha capital en 1867 y 1868 presentó: una *Cabeza de un Ángel*, y *Santa*

Barbara (copia). En 1871 hizo para el palacio de San Telmo en Sevilla los bustos de *Santiago*, *San Isidoro*, *Santa Justa*, *Santa Rufina*, *San Leandro*, *Santa Teresa*, y *Fray Luis de Granada*.

D. JOSÉ DE TRILLES Y BADENES, natural de Castellón de la Plana, y discípulo en Madrid de la Academia de San Fernando. Conocemos de su mano, *San Francisco de Asís predicando*. En 1876 fué nombrado director del taller de vaciado de la Academia de San Fernando.

D. MIGUEL TUSQUELLAS Y TARRAGÓ, natural de Barcelona. Figuró este artista en la Exposición de 1870, con una *Virgen* en yeso.

D. JUAN JOSÉ DE URMENETA, escultor y pintor, discípulo que fué de la Escuela de Bellas Artes de Cádiz. Entre las muchas obras ejecutadas por él, conocemos del género religioso: *Un episodio de la degollación de los inocentes*, en yeso. Obtuvo distinciones en su carrera artística y falleció en Cádiz en 24 de Febrero de 1883.

D. DAMIÁN VADELL Y MAS, natural de Manacor, en las Baleares. Es obra de este artista un *Crucifijo*, que presentó en la Exposición Mallorquina de 1836, como asimismo un *Santo Cristo* en mármol, existente en Palma, en casa del Sr. Verí, y algunas estatuas para varios templos. Dicho escultor residió algún tiempo en Italia, y más de 25 años en París, donde fué discípulo de M. Ramey.

D. AGAPITO VALLMITJANA, escultor contemporáneo, natural de Barcelona, y discípulo de la Escuela de Bellas Artes de aquella población. Débense á la mano de este reputado artista las obras siguientes: *San Sebastián*, estatua en yeso que figura en el Museo Nacional; *Adán en el momento de ver á Eva*, como la anterior; *Un Crucifijo* en bronce; los bajo-relieves hechos en unión de su hermano D. Venancio, para el panteón de D. Francisco Permanyer, representando *Las cuatro Virtudes cardinales*; *Jesucristo después del descendimiento*; *San Francisco de Paula*; *La Caridad*; una *Concepción*; *La caridad de San Juan de Dios*, y el *Monumento sepulcral del Obispo señor Urquinaona*. El Sr. Vallmitjana fué nombrado en 1877 catedrático auxiliar y más tarde de número en la Escuela de Bellas Artes de Barcelona; es individuo de su Academia provincial y correspondiente de la Real de San Fernando, y caballero de la Orden de Isabel la Católica. Obtuvo medallas de segunda y tercera clase en las Exposiciones de 1862 y 1864.

D. VENANCIO VALLMITJANA, hermano mayor del anterior, natural como él de Barcelona y profesor de la Escuela de Bellas Artes de aquella capital. Es asimismo individuo de la Academia provincial y caballero de Isabel la Católica. En las Exposiciones Nacionales celebradas en Madrid desde 1858 á 1866 presentó las obras siguientes: *La Virgen con el Niño Jesús*, grupo en yeso; *Santa Isabel*, estatua en mármol; *San Jorge combatiendo con el dragón*, en yeso; *El furor de Saúl*, y *La Virgen de las Angustias*. Por estos trabajos alcanzó su autor diferentes menciones y medallas. Además de estas esculturas, son también del Sr. Vallmitjana *El ángel del Juicio final*, para la puerta del cementerio de Barcelona; las estatuas de *Ramon Lull* y *San Isidoro de Sevilla*, para el vestíbulo de la nueva Universidad de Barcelona; *Un ángel*, para el panteón de Ayala; *Una Virgen* en bajo relieve; *El espíritu del mal* preparándose al combate; *El ángel del Juicio*, en un panteón de Réus; *Mater Dolorosa*, en otro de San Felú; otra *Dolorosa*, en el cementerio de Barcelona. Habiendo trabajado juntos gran número de trabajos artísticos, tales como una *Virgen*, para la iglesia del Pino de Barcelona; *El tránsito de San Francisco de Asís*; *Las cuatro Virtudes cardinales*, en el panteón de D. Francisco Permanyer; *La Virgen con Jesucristo muerto en los brazos*, para San Felú de Guixols; *Estatua sepulcral del Obispo* que fué de Barcelona, Sr. Fleix. Los hermanos Vallmitjana son hijos de un tejedor, habiéndose dedicado á dicha industria también en los primeros años de su vida. Muy niños aún, comenzaron á construir figurillas de Nacimiento é imágenes de Santos, á cuyas obras debieron el principio de su reputación, que más tarde afianzaron en el cultivo del gran arte.

D. SEGUNDO VANCELLS, escultor catalán, de cuyas obras da frecuente noticia la prensa de Barcelona. Es autor, entre otras, de *Un ángel*, tamaño natural, para un panteón de Barcelona; *La Concepción de la Virgen*; *Un Crucifijo*; *El Sagrado Corazón de Jesús*; *El Divino Redentor* y *San Miguel Arcángel* (para Buenos Aires); *La Virgen del Rosario*; *La Virgen Inmaculada* y *La Cuaresma*.

D. JUAN VANCELLS Y PUIGCERCÓS, natural de Quixes (Lérida), discípulo de la Academia de Bellas Artes de Barcelona y de D. Jerónimo Suñol. En la Exposición Nacional de Madrid de 1881 presentó *Fray Gabriel Telles* (Tirso de Molina), estatua en yeso que fué premiada con medalla de segunda clase.

D. JOSÉ VERDEROL, escultor catalán contemporáneo.

neo, profesor de dibujo en el Instituto de segunda enseñanza de Tarragona: autor de una *Concepción* y otros trabajos apreciables.

D. MIGUEL VERDIGUIER, escultor francés, emigrado de su patria á consecuencia de la revolución de 1793 y establecido en Córdoba en los últimos años del siglo anterior y primeros del presente. En la capilla de San Cecilio de la catedral de Granada se conservan de su mano la estatua de dicho Santo y las de *San Juan de Dios* y *San Gil*.

D. ALFONSO GIRALDO VERGAZ, escultor notable, de cuya habilidad se conservan numerosas muestras muy apreciadas por los inteligentes. Nació en Murcia en 23 de Enero de 1744. Recibió cuantos honores puede obtener un artista, tanto en su aprendizaje como en el cultivo del arte que dominó. Fué nombrado por unanimidad Académico y posteriormente Director general de la Academia de San Fernando, escultor de cámara de S. M., del Príncipe de la Paz, y del Ayuntamiento de Madrid. Citarémos sus siguientes obras: en la fachada de las Salesas Reales, las estatuas de *San Francisco de Sales* y *Santa Juana Fremiot*; en San Andrés los sepulcros del *Marqués de Perales* y un *hijo del Duque del Infantado*; en las Escuelas Pías de San Fernando las imágenes de *Nuestra Señora* y *San José de Calasanz*; *San Ignacio* y *Los Angeles* que sostienen en la capilla el escudo de la Escuela Pía; en San

Ginés la efigie del *Santísimo Cristo en la agonía*; en San Francisco (el Grande) varios ángeles niños en la cúpula; en Jaén, los tres ángeles de la izquierda del presbiterio en la Catedral; en Toledo, capilla de los Reyes Nuevos, en la Catedral, trabajó varios de los retablos, los dos ángeles que sostienen un escudo de armas reales, y las estatuas de *San Pedro* y *San Pablo* de mayor tamaño que el natural. Son también de Vergaz la *Dolorosa*, que fué de los agonizantes, de la iglesia de San Luis, Madrid; y una estatua colosal, en mármol, de *San Buenaventura*, hecha para el convento de Santa Isabel, de Madrid. Falleció en esta capital á 19 de Noviembre de 1812.

D. LUIS VERMELL, escultor natural de Barcelona, y discípulo de las Academias de Roma. En 1867 terminó una imagen de la *Virgen de la Peregrina*, patrona de Pontevedra, que ensalzó en una composición poética D. Luis Rodríguez Seoane. Pocos años después residió en Portugal, trabajando indistintamente en la pintura y la escultura con notable crédito.

D. JUAN VIDAL, natural de Piérola, en la provincia de Barcelona, y discípulo del Sr. Aleu. En la Exposición Nacional de 1876 había presentado una estatua en yeso, figurando á *Abel muerto*, por la que obtuvo un premio de tercera clase; y en la de 1881 una ídem, en yeso, representando *La tentación de Eva*, por la que obtuvo otra medalla de tercera cla-

se. El Sr. Vidal falleció, muy joven aún, en la capital de Italia, en los primeros días de Octubre de 1881.

M. DE A.

(Se concluirá.)

NOTICIAS

Por falta material de espacio tenemos que aplazar hasta el número inmediato la magnífica Pastoral que el sabio é ilustre Sr. Obispo de la Diócesis de Madrid-Alcalá ha dirigido, con motivo de la próxima Peregrinación á Roma, al Clero y á los fieles.

Preferimos esta breve tardanza á darla cortada ó en extracto.

Los Sres. Garín, fabricantes de ornamentos sagrados de Valencia, han terminado un rico pontifical fondo raso azul, con floresta de oro, á gran realce, destinado á la Catedral de Gerona, y en un todo igual al que hace pocos años se confeccionó en la citada fábrica para el Cabildo de Barcelona. Consta de cinco capas, cuatro dalmáticas, casulla, frontal, gremial, paños de púlpito, de atril y de hombros, tunicelas, cíngulos y dalmática para el porta cruz. La obra, en todos sus detalles, acusa el gusto con que se distinguen las manufacturas de la casa de los Sres. Garín.

Los zapateros de Bruselas ha celebrado recientemente la fiesta de su patrón San Crispín, con un acto que, además de ser interesante para el público, servirá para la instrucción de los asociados. Consiste este acto en una exposición de zapatería, en la cual se ven colocadas en varios escaparates las distintas clases de calzado fabricadas por los zapateros de Bruselas, desde la suave babucha de señora para saltar de la cama y el blanco fino zapato de novia, hasta las sólidas é impermeables botas de cazador, sin que falte el calzado ortopédico de las formas más raras.

Al lado de los productos de los zapateros de Bruselas — dice *Le Journal de Bruxelles*, de quien tomamos la noticia — los organizadores de la exposición han reunido en otros escaparates muestras de calzado oriental. Viajeros, misioneros y coleccionistas de Bruselas y de otras ciudades han proporcionado ejemplares. ¡Qué contraste entre los armarios en que se ven nuestras botas y zapatos de corte seco y de una tinta uniforme y lúgubre, y los escaparates en donde se halla colocado el calzado del Oriente! En éstos, toda suerte de colores agradables, de adornos delicados y lujosos sonríen á la vista. Los zapateros, en aquellos países de sol y de un arte caprichoso, constituyen objetos para adorno del cuerpo antes de ser prendas necesarias para resguardarse de la intemperie.

Describe el mismo periódico los ejemplares de calzado de la China y de otros países, y termina su relato con las siguientes líneas:

« Completa muy bien la exposición una serie de dibujos que presentan las variadas formas del calzado desde César, de quien se ven las sandalias, hasta los escarpines de principios de este siglo. Figuran en estos dibujos copias del calzado de personajes célebres, tales como los zapatos de Marco Aurelio, los de San Luis, los escarpines de Napoleón I, teniendo que ser motivo de admiración para las damas elegantes los zapatitos de los tiempos de Luis XIV y Luis XV. Esta sección ha sido arreglada por M. Otto, celoso secretario general del Consejo de la Asociación, habiendo hecho las reproducciones M. Veraart, discípulo de la escuela de San Lucas.

Grabados y otras estampas referentes á la historia del calzado completan la decoración de las paredes en las salas de exposición, en las que hay asimismo tres gonfalones, uno de ellos de la Corporación de los curtidores, que tienen la fecha de 1748. »

NECROLOGÍA

Han fallecido recientemente:

En Málaga, el Beneficiado de la Santa Iglesia Catedral, D. José Millán y el Profesor del Seminario D. Francisco Oliva y Ruiz.

En Ronda, el Presbítero Fr. Francisco Valero y García.

En Cuevas de San Marcos, el Presbítero Dr. D. Antonio Ginés Encinas, Cura párroco.

BANCO DE ESPAÑA

21.º Sorteo.

Nota de los títulos de la deuda amortizable al 4 por 100 que han sido amortizados en el sorteo celebrado en el día de hoy.

NÚMEROS de las bolas que representan los lotes.	NUMERACIÓN de los Títulos que deben ser amortizados.	NÚMEROS de las bolas que representan los lotes.	NUMERACIÓN de los Títulos que deben ser amortizados.	NÚMEROS de las bolas que representan los lotes.	NUMERACIÓN de los Títulos que deben ser amortizados.
Serie A.					
294	2.931 á 40	3.499	34.981 á 90	7.017	70.161 á 70
354	3.531 » 40	3.921	39.201 » 10	7.373	73.721 » 30
422	4.211 » 20	3.995	39.941 » 50	8.464	84.631 » 40
563	5.621 » 30	4.006	40.051 » 60	8.643	86.421 » 30
685	6.841 » 50	4.174	41.731 » 40	8.996	89.951 » 60
718	7.171 » 80	4.206	42.051 » 60	9.925	99.241 » 50
834	8.331 » 40	4.447	44.461 » 70	10.702	107.011 » 20
914	9.131 » 40	4.653	46.521 » 30	10.925	109.241 » 50
1.265	12.641 » 50	5.219	52.181 » 90	11.087	110.861 » 70
1.850	18.491 » 500	5.498	54.971 » 80	11.160	111.591 » 600
1.978	19.771 » 80	5.662	56.611 » 20	11.677	116.761 » 70
3.118	31.171 » 80	5.865	58.641 » 50	11.950	119.491 » 500
3.153	31.521 » 30	5.894	58.931 » 40	12.289	122.881 » 90
3.217	32.161 » 70	5.896	58.951 » 60	12.301	123.001 » 10
3.331	33.301 » 10	5.928	59.271 » 80	12.472	124.711 » 20
Serie B.					
36	351 á 60	3.102	31.011 á 20	5.789	57.881 á 90
800	7.991 » 8.000	3.377	33.761 » 70	6.124	61.231 » 40
1.381	13.801 » 10	3.541	35.401 » 10	6.322	63.211 » 20
1.426	14.251 » 60	3.553	35.521 » 30	6.847	68.461 » 70
1.487	14.861 » 70	3.638	36.371 » 80	7.805	78.041 » 50
1.728	17.271 » 80	4.170	41.691 » 700	7.899	78.981 » 90
2.231	22.301 » 10	4.266	42.651 » 60	8.039	80.381 » 90
2.622	26.211 » 20	4.268	42.671 » 80	9.014	90.131 » 40
2.649	26.481 » 90	4.278	42.771 » 80	9.050	90.491 » 500
2.863	28.621 » 30	4.965	49.641 » 50	9.668	96.671 » 80
2.956	29.551 » 60	5.135	51.341 » 50	9.766	97.651 » 60
Serie C.					
53	521 á 30	4.358	43.571 á 80	8.072	80.711 á 20
95	941 » 50	4.716	47.151 » 60	8.109	81.081 » 90
822	8.211 » 20	5.540	55.391 » 400	8.293	82.921 » 30
1.062	10.611 » 20	5.732	57.311 » 20	8.306	83.051 » 60
1.328	13.271 » 80	5.995	59.941 » 50	8.461	84.601 » 10
1.560	15.591 » 60	6.215	62.141 » 50	8.589	85.881 » 90
2.077	20.761 » 70	6.469	64.681 » 90	9.038	90.371 » 80
2.357	23.561 » 70	6.945	69.441 » 50	9.311	93.101 » 10
2.614	26.131 » 40	7.176	71.751 » 60	9.633	96.321 » 30
3.160	31.591 » 600	7.612	76.111 » 20	9.855	98.541 » 50
3.528	35.271 » 80	7.879	78.781 » 90	9.954	99.531 » 40
Serie D.					
71	701 á 10	1.448	14.471 á 80	2.356	23.551 á 60
520	5.191 » 200	1.609	16.081 » 90	2.363	23.621 » 30
848	8.471 » 80	1.985	19.841 » 50
1.434	14.331 » 40	2.225	22.241 » 50
Serie E.					
230	2.291 á 300	1.382	13.811 á 20	1.947	19.461 á 70
673	6.721 » 30	1.724	17.231 » 40
1.029	10.281 » 90	1.835	18.341 » 50

Madrid 1.º de Diciembre de 1887.—V.º B.º—El Gobernador, ALBACETE.—El Vicesecretario, GABRIEL MIRANDA.

IMAGENES PARA EL CULTO CATOLICO

A fin de dar á conocer las imágenes en madera en todas sus clases que se construyen en el taller de escultura de D. TOMÁS PICAS, DE BARCELONA, ha establecido un depósito en esta Corte en el antiguo almacén de galerías, bastones y molduras.

LA FORTUNA
Caballero de Gracia, 46.

JABÓN REAL VIOLET único inventor de THRIDACE 29, B^{is} des Italiens, PARIS JABÓN VELOUTINE
Recomendados por autoridades médicas para higiene de la piel y belleza del color.



ARTICULOS RELIGIOSOS

25, Preciados, 25
(Frente á la Plaza del Callao)

ESTATUAS RELIGIOSAS
OBJETOS DE ARTE

Especialidad en adornos y recuerdos para cementerios, muy principalmente en coronas fúnebres, todo procedente de las primeras fábricas de París y Viena.

25, Preciados, 25, Madrid.

Tip. de los Huérfanos, Juan Bravo, 5.—Teléfono 429.